

**SIEMPRE
FUISTE** *fu*

Emily Delevigne

se

ABBEY

Siempre he tenido claro que quería casarme con Garret, uno de los mejores amigos de mi hermano mayor. Rubio, alto, guapo... Es espectacular. El problema es que da la sensación de que no sabe ni que existo y, a pesar de todos mis esfuerzos, prefiere salir con una mujer distinta cada día. Para empeorar todo esto, está Will..., el otro mejor amigo de mi hermano, quien parece estar decidido a seguirme como una sombra e irritarme con sus constantes pullas, y por quien comienzo a sentirme atraída...

WILL

Llevo toda la vida enamorado de Abbey: es dulce, preciosa y saca lo mejor de mí. ¿El problema? Dice estar locamente enamorada de Garret. Lo que ella no sabe es que estoy dispuesto a darlo todo para que se dé cuenta de que yo soy el hombre de su vida.

OceanofPDF.com



Emily Delevigne

Siempre fuiste tú

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Siempre fuiste tú*
Emily Delevigne, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

Siempre fuiste tú

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Sobre la autora

PRÓLOGO

DIEZ AÑOS ATRÁS

ABBEY

Salía del colegio con la mochila colgada de un asa cuando un sonido conocido me hizo levantar la vista del suelo. Dejé de prestar atención a los cordones de mis zapatos nuevos y a la voz de mi amiga Ava, que una vez más me preguntaba sobre mi hermano Stephen.

¿Qué más le daba mi hermano? Solo era un adolescente que se dedicaba a jugar al baloncesto y beber refrescos hasta las tantas de la noche. Nada especial. Su vida giraba en torno a los deportes, sus amigos y los videojuegos. A veces me preguntaba cómo podía ser feliz con tan poco. Y cómo a Ava podía parecerle interesante.

Porque para ella lo era. A veces la pillaba mirándolo de reojo. Otras se sonrojaba y se apretaba las manos mientras mi hermano me daba la mitad de su bocadillo con cara de disgusto. Me amenazaba día sí y día también sobre el hecho de abandonar el desayuno en la mesa de la cocina. Sin embargo, él era demasiado bueno como para dejar a su hermana pequeña con el estómago vacío hasta la hora del comedor.

Y todo por dormir cinco minutos más, estar en ese mullido colchón que, según mi padre, era tan duro como una piedra y terminaría por darme problemas de espalda.

Así estaban las cosas en casa.

—¿Me estás escuchando, Abbey? —me preguntó Ava, que me sacudió el brazo con suavidad.

No, por supuesto que no.

Toda mi atención estaba puesta en Garret.

También conocido en mi fantasiosa imaginación como «Futuro Marido Garret».

Oh, esos ojos azules, ese pelo rubio desordenado, esa voz que ya tenía un deje masculino propio de la adolescencia... Quería casarme con él. Lo deseaba tanto que a veces lo dibujaba en mi cuaderno de matemáticas. Ponía corazones rosas con ángeles alrededor, que más bien parecían avispas, y niños. Muchos niños. Los que tendríamos en un futuro.

Luego me llevaba la bronca por parte de mi maestra y me obligaba a arrancar la hoja delante de toda la clase. Pero a mí me daba igual. De hecho, siempre hacía otro dibujo de Garret al día siguiente, y mucho más bonito.

Porque él era el hombre de mis sueños.

No me importaba que mi madre se riera de mis constantes ensoñaciones mientras le contaba con lujo de detalles cómo sería nuestra boda: un perrito blanco nos traería los anillos mientras Garret me esperaba al final de la iglesia, mirándome con adoración, como si fuera la única mujer en su vida, la que le quitaba el sueño y lo dejaba sin aliento. Luego tendríamos una casita en la playa donde nos despertaríamos con el arrullo de las olas, porque yo era así de caprichosa y quería escuchar el mar, y me prepararía el desayuno.

Lo deseaba con cada poro de mi ser.

Garret se acercaba hacia nosotras junto a mi hermano y Will, el otro mejor amigo de Stephen.

Will era muy guapo. De hecho, la mayoría de mis amigas se quedaban mirándolo y me preguntaban cada dos por tres si salía con alguien. ¿A quién le importaba? ¡Porque a mí no! Sí, podía ser que fuera más guapo que Garret, o que sus ojos oscuros no lucieran tan infantiles y superficiales, pero yo tenía toda mi atención en Garret.

Sería mío tarde o temprano.

Para mi decepción, Garret ni siquiera me dirigió ni una sola mirada o saludo cuando los tuvimos enfrente.

Este chaval no aprendía. Para él era mucho más interesante mirar el móvil y las largas piernas de las chicas de su clase. Esa era una de las cualidades que menos me gustaban de él: parecía ser tan simple como una pared en blanco.

Aunque me decía de vez en cuando que eso cambiaría con el paso de los años, que ganaría madurez y sería como Will.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó mi hermano, que alzaba una ceja en mi dirección.

Will esbozó una sonrisilla que hizo sonrojar a Ava.

Suspiré internamente.

—A casa —refunfuñé.

—Mentirosa. Mamá me ha dicho que te vas a casa de Ava u otra amiga sin avisarla. O a la colina detrás de casa, donde te acabas rompiendo los pantalones.

—Oh, la colina... —Fue mi turno de ponerme roja como un tomate—. Ha sido una sola vez.

—Tres —me corrigió mi hermano.

—¿Qué más da? Hoy pensaba volver a casa directa —gruñí, apretando las asas de la mochila.

Era mentira. Pensaba irme a la colina y tirarme por ella mientras Ava y yo nos reíamos a carcajadas. Era una maravilla sentir la hierba contra el rostro mientras todo daba vueltas a nuestro alrededor. Era como perder el control de todo y dejarte llevar: no había deberes, ni tampoco la obligación de acostarse temprano..., solo diversión y vueltas. Muchas vueltas.

—Ve directa, ¿te enteras? Tengo partido de baloncesto y no quiero llegar tarde —me advirtió con severidad.

Pues por tan solo haberlo dicho, pensaba desviarme de mi trayectoria y quedarme una media hora más. Solo que no pensaba decírselo, por supuesto. Me negaba a encerrarme en casa mientras Garret jugaba al baloncesto con ellos dos y acaparaba la atención de las chicas del instituto.

Absolutamente no.

Yo tenía que estar allí.

La idea se fue formando poco a poco en mi mente hasta cobrar forma y sentido.

Supe que mi hermano se olía algo, ya que puso los ojos en blanco.

—Directa a casa.

—¿No podemos ir con vosotros? —pregunté, aunque a Will. Él, por algún motivo, nunca me negaba nada.

Will disfrutaba irritándome, tomándome el pelo mientras se reía a carcajadas y me tiraba con suavidad del pelo. Así era él. Sin embargo, lo quería. Me defendía de las burlas de otros niños. Siempre estaba allí para mí. No importaba cuál fuera la situación o la gravedad de esta. Will era como una sombra que se cernía sobre aquellos que se atrevían a meterse conmigo, ya fuera por los granos que comenzaban a salirme o por los aparatos que llevaba para corregirme los dientes.

Sí, no estaba en el mejor momento de mi vida. Físicamente hablando, pero mi madre decía que era guapa, y yo me lo repetía a diario.

Volviendo al colegio, Stephen solo se metía si era estrictamente necesario y me veía llorar.

Will no. Will actuaba a la mínima.

—¡Ni en broma! —saltó mi hermano, que retrocedió un paso.

En ese momento, Garret miró su reloj y llamó la atención de mi hermano con un suave golpe en el hombro.

—Voy tirando para allá.

—De acuerdo —soltó Stephen.

Esa vez no pude contener un suspiro de queja.

Jo.

Había deseado que se quedara un poco más. Solo lo suficiente como para recrearme en lo guapo que era. Lo vi marcharse con paso seguro y sin mirar atrás ni una sola vez. A veces me cabreaba lo mucho que pasaba de mí. De hecho, más de una vez había estado presente cuando una niña de un curso superior, Kaia, se metía conmigo y me empujaba hasta golpearme contra la pared del pasillo.

A Garret le daba igual.

Pero yo pensaba ponerle solución a eso.

Lo malo era que aún no sabía cómo.

—Que se vengán —dijo Will, que habló por primera vez.

Ava y yo lo miramos con sorpresa y alegría.

—¿Qué? ¿Y eso por qué?

—De esa forma puedes asegurarte de que luego vuelva a casa contigo.

Mi hermano murmuró una palabrota por lo bajo, como si el hecho de que yo fuera unos diez años más pequeña me hiciera desconocedora de su significado. La gran mayoría de las palabras malsonantes que conocía las había aprendido en el colegio. Sobre todo por Nancy, una de mis compañeras de clase, que se jactaba de ser capaz de decir unas treinta palabrotas en treinta segundos sin respirar. ¿Era posible? Yo lo dudaba.

Tras un momento de deliberación, mi hermano asintió.

—De acuerdo. Vamos.

Di un salto en modo de victoria y comencé a andar. Mi hermano iba el primero, encorvado. Soltaba una retahíla acerca de la mala idea de Will y de lo poco que molaba tener una hermana pequeña tan latosa como yo.

Ava, poco a poco, se fue colocando al lado de Stephen.

Yo alcé una ceja. ¿Qué tramaba esta loca?

—Deja en paz a tu amiga. Para ella es un momento clave.

Miré a Will, que andaba a mi lado. Hube de alzar la cabeza, y tuve un buen perfil de su mandíbula y sus labios.

Sí, debía admitirlo. Era bastante guapo.

—Tiene once años.

—Como tú.

—Es muy joven para ir detrás de él —dije por lo bajo, como la buena amiga que era, preocupada de que se fijara en un chico tan simple como Stephen.

—Tú haces lo mismo con Garret, ¿no?

Giré la cabeza con brusquedad y lo fulminé con la mirada.

—Eso no es verdad.

—Lo es —rebatí con sorna—. Solo hay que verte. ¿Qué te gusta tanto de Garret para que pases por alto que para él no existes?

Sus palabras, que no eran nuevas para mí, me hirieron.

—Ya se dará cuenta —fue todo lo que dije.

—Eso es lo que te crees tú.

No quise siquiera darle voz ni forma al pensamiento que se formó en mi mente y que le daba toda la razón a Will. Algo dentro de mí sabía que

Garret nunca se fijaría en mí, que él siempre sería ese planeta que yo querría pisar y hacer de él mi hogar. Sin embargo, para él yo no era más que una de esas muchas estrellas que deseaban recibir su atención.

Will, al percibir mi incomodidad, se aclaró la garganta.

—Este fin de semana me voy con mi padre a Nueva York.

Agradecí el cambio de conversación, ya que me olvidé por completo de Garret.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Quiere que haga mis estudios universitarios allí.

A juzgar por su voz, aquello no le hacía ni pizca de gracia. Parecía reacio a la idea de abandonar Helena, Montana, y dejarlo todo atrás. Pensé que si yo tuviese la oportunidad en el futuro de irme a Nueva York, lo haría con los ojos cerrados.

—Parece que no estás muy contento con la idea.

—Mi vida está aquí. —Hizo una pausa antes de continuar. El hecho de verlo por primera vez asustado y vulnerable hizo que estirara la mano y entrelazara mis dedos con los de él. Will me dedicó una sonrisa triste—. No quiero marcharme.

—Pero nosotros iríamos a verte. Stephen, Garret, mis padres, yo... Haríamos que tuvieses un pedacito de Helena cerca de ti.

Will murmuró algo por lo bajo y apretó sus dedos contra los míos. Volvió a mostrar esa fortaleza tan característica de él que iluminaba a todo el que pasaba por su lado.

Así era como me gustaba verlo.

—Eres tan especial que no te das cuenta de ello, Abbey. Eres demasiado especial para alguien tan corriente como Garret. Y espero que te des cuenta de ello un día.

Fruncí el ceño y quise protestar, pero no me lo permitió.

Deshizo el apretón de nuestras manos y me alborotó el pelo.

—Espero que en el partido me animes a mí, ¿eh?

—Eso dalo por hecho —dije sin dudas. Nunca le fallaría. Nos cuidábamos mutuamente. Éramos como el sol y la noche. Nos complementábamos. Nos apoyábamos. Quizá yo no lo hiciera tanto como él conmigo, pero lo intentaba. Al menos todo lo que me permitía mi ser.

Nuestras miradas se encontraron y ambos sonreímos.

OceanofPDF.com

1

ABBEY

Odiaba los deportes.

Con toda mi alma. Y no era que yo fuera precisamente torpe, pero aborrecía con cada poro de mi ser sudar, esforzarme y notar cómo mis pulmones me amenazaban con dejarme sin respirar. Era como ser testigo del colapso y no poder hacer nada por evitarlo.

Mi hermano, Stephen, de hecho, solía reírse de mí y de mis constantes expresiones faciales cuando iba a correr con él. Yo le respondía enseñándole el dedo o tirándole el objeto más cercano que tuviese, que podía ser una botella, una piedra o cualquier cosa que encontrara por la calle.

Recordar que al día siguiente iba a ir a correr con él provocó que me estremeciera, porque, además, que yo me animase a acompañarlo ocurría como mucho dos veces al año, en navidad, cuando todos nos reuníamos.

Y aquellas navidades no iban a ser diferentes.

Y, sin embargo, allí estaba yo.

Abbey Winters, dispuesta a jugarme el cuello por una chorrada.

En una clase magistral de judo, con el corazón aporreándome el pecho y un sudor frío recorriéndome la espalda. ¿Quién demonios me había metido en aquel lío? Yo. Solamente yo. Porque así era desde pequeña: impulsiva, alocada y con la horrible tendencia a actuar antes de pensar. Y, una vez más, pagaría cara aquella osadía que había heredado de mi tía.

Pero todo tenía una razón. Por muy impulsiva que fuera, si yo decidía llevar algo a cabo era porque había una razón de peso detrás de mis tejemanejes. Aun así, en ningún momento había pensado en la posibilidad de que mi compañera en aquella clase tuviera una estatura cercana al metro ochenta, brazos rollizos y una cara de no haber pegado ojo en toda la noche.

Me va a hacer papilla, pensé antes de desviar la mirada hasta la razón que me había conducido a apuntarme allí.

Garret Davis.

Un suspiro escapó de mis temblorosos labios.

Mi compañera entornó los ojos.

Me daba igual lo que pensara. No iba a ser ella la que acabara por los aires mientras su *crush* de toda la vida la veía comportarse como una idiota.

Necesitas más amor propio, Abbey, me dije a mí misma sin mucha convicción.

Garret Davis era... perfecto. Tanto que justificaba todas las chorradas que hacía por él. Sus ojos azules eran del color del hielo, magnéticos y hechizantes. Estaban rodeados por unas pestañas claras que se oscurecían en las puntas. Luego estaba su nariz, recta y simétrica, o su carnosa boca, que utilizaba con mucha frecuencia para sonreír y dejarme sin aliento.

Porque así era él, irresistiblemente *sexy*.

Mandíbula perfilada, un incipiente vello rubio oscuro que descarnaba la poca dulzura que pudiese desprender y un cuerpo digno de un jugador de fútbol americano. Alto y con hombros lo suficientemente anchos como para que yo pudiese clavar mis uñas en él y apretarme a su cuerpo. Porque, sí, me lo había imaginado desnudo una infinidad de veces, y pensaba seguir imaginándomelo. Apostaba lo que fuera a que tenía algún tatuaje escondido en algún recóndito lugar.

Garret se pasó una mano por el pelo rubio y mostró sus dientes blancos y perfectos en una arrebatadora sonrisa.

Sin embargo, lo que no me gustó tanto fue que la causante de aquella sonrisa fuese una pequeña pelirroja de grandes pechos que parecía saber lo mismo que yo de judo; es decir, nada.

—Eres penosa —soltó mi compañera de judo con mala cara.

La fulminé con la mirada.

—Métete en tus asuntos.

No la conocía de nada, pero yo debía de haber sido lo suficiente descarada como para que ella se percatara de que estaba allí por un tío.

Y qué tío...

Garret se alejó de la pelirroja, que se había emparejado en el ejercicio con Will, uno de los mejores amigos de mi hermano, Stephen. Más alto que Garret aunque menos musculoso, captaba la atención de todas las mujeres que se encontraban allí. Para ellas era como presenciar una guerra de titanes entre aquellos dos increíbles hombres.

Sin embargo, para mí solo existía él.

Garret.

Miré a Will con curiosidad. Él sonreía con autosuficiencia, con total seguridad, conocedor de mis pensamientos y de lo que tramaba con tal de acercarme a Garret. Me guiñó un ojo de aquella forma que tenía desde el instituto y que había conseguido ayudarlo a conquistar el corazón de tantas y tantas chicas.

Garret se paró en otra pareja para explicar cómo derribar al compañero.

Will musitó:

—No seas tan descarada.

—Que te jodan —musité yo antes de desviar la mirada hasta Garret, aunque pude apreciar la sonrisa de su atractivo rostro antes de que sacudiera la cabeza.

—¡Vamos! —ordenó Garret con esa voz sensual que se metía en mis oídos y hacía que se me erizara el vello de la nuca—. Intentadlo vosotros, teniendo siempre mucho cuidado con vuestro compañero para que caiga en la colchoneta.

Cogí una enorme bocanada de aire mientras mi «amistosa» compañera me agarraba de la camiseta de tirantes que me había puesto para la ocasión. Nos habían recomendado llevar ropa vieja, ya que los agarrones y tirones eran muy comunes en judo. Yo había optado por una camiseta de color negro de mi hermano, Stephen. Él desconocía que se la había quitado en un arrebato por no querer estropear ninguna de las prendas que me había traído a casa de mis padres.

Solo esperaba que la camiseta no saliera muy mal parada para lavarla y depositarla donde había estado antes de que regresase de hacer unas compras de última hora. Se acercaba el 2 de julio. El aniversario de mis padres. Después de años y años sin animarme a dar el paso, había llegado a la conclusión de que mi actitud de permanecer a la sombra como una fan enloquecida no me beneficiaba en absoluto. Pensaba actuar y ganarme el corazón de Garret, aunque para ello tuviese que asistir a aquel horrible deporte y dejarme tirar por los aires por una desconocida.

Lo que hago por ti, Garret...

Oh, Dios, me estaba mirando.

En ese preciso momento.

Sus ojos color hielo se clavaron en mí, y una enorme sonrisa surcó mi rostro. El rubor se fue extendiendo desde mi cuello hacia arriba. ¿Estaba guapa con aquella horrible camiseta? ¿Se notaba mucho que aquel día me había levantado con un tic en el pómulos derecho? Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor y que perdía el equilibrio. Era como ser arrollada por una ola que me arrastraba hasta lo más alto para luego caer sobre el suelo con rudeza.

Demasiado tarde me di cuenta de que aquella sensación no era debido a que Garret tuviese su atención puesta sobre mí. Tampoco a que su rostro se volviese blanco y corriese hacia donde me encontraba sin parar de gritar órdenes...

¿Qué demonios estaba pasando?

Miré hacia abajo y vi que mi compañera me había alzado por encima de su cabeza antes de tirarme al suelo sin la menor contemplación. Mi boca se abrió para soltar un alarido de terror. Había mucha distancia entre mi cuerpo y el suelo, y sabía que aquella caída iba a doler.

Will también venía corriendo hacia mí, incluso acudió antes que Garret, aunque no lo suficiente como para evitar que cayera fuera de la colchoneta. En cuanto mi cuerpo dio contra la dura superficie, sentí un alarmante dolor en los glúteos, en los brazos y en las piernas.

Tirada como una muñeca de trapo y sin apenas aire en los pulmones, me pregunté cómo esa mujer me podía haber levantado con tanta facilidad. Yo

también era alta —uno setenta—, pero al estar frente a ella me había sentido como una niña pequeña ante un matón en un patio de un colegio.

La mujer me miró desde arriba con la cabeza ladeada. Su pelo, rubio y fino, estaba pegado a su redondo rostro, y a juzgar por sus sonrojadas mejillas, no le había resultado tan fácil tirarme como había pensado en un primer momento.

—¿Estás loca? —exclamó Will en cuanto llegó a mi lado. Se agachó a mi altura y clavó sus feroces ojos negros en ella—. ¿Es que no te das cuenta de que podrías haberla matado?

Su voz, que solía ser relajada y suave como el terciopelo, era fría y dura como el hierro.

Garret se acercó hasta nosotros.

—¿Estás bien? ¿Puedes mover las piernas? —me preguntó con rostro preocupado.

El dolor que sentía era tan profundo que ni siquiera tenerlo a menos de un metro de distancia hizo que pudiera tragarme un gemido.

—Sí, puedo mover el cuerpo —respondí con los dientes apretados.

Intenté incorporarme cuando Will me frenó. Lo miré y alcé una ceja.

—¿Qué haces?

—Impedir que te levantes y te marees. Quédate así un momento.

—¡Y una leche! Yo me voy ya —gruñí avergonzada. Pensé en lo poco favorecida que se me debía de ver desparramada en el suelo mientras Garret me miraba con preocupación.

—Bien, tú lo has querido.

Las palabras de Will fueron lo último que oí antes de que me levantara del suelo en sus brazos. De forma instintiva, me colgué de su cuello. Temía caerme al suelo una vez más y terminar por romperme algo.

Miré por encima del hombro de Will y me mordí el labio inferior.

Garret hablaba una vez más con la pelirroja mientras les pedía a los demás que recogieran sus cosas. La clase había finalizado.

No pude evitar sentirme algo decepcionada. Garret nunca me había mirado de la misma forma en que miraba a aquella guapa pelirroja, a pesar de que debía de tener mi edad: para él yo no era más que una mocosa que lo seguía desde que tenía uso de razón.

Lo contemplé con un anhelo y una tristeza evidentes hasta que Will me colocó en el asiento del copiloto de su coche. Había acudido con él a la clase de judo, y aunque mi intención había sido volverme con Garret, parecía que nada me estaba saliendo como había planeado.

No tires la toalla.

Will me puso el cinturón de seguridad sin despegar sus oscuros ojos de mí. Lo habría ignorado de no haber sido por la intensidad que desprendían. Tanto que me sonrojé.

—¿Qué?

Él suspiró, y en ese momento capté su aliento mentolado. Cerró la puerta y pasó por delante del coche para ocupar el asiento del piloto.

Su cuerpo, grande y esbelto, cubrió casi por completo el espacio que nos separaba.

—Deja de hacer eso —me ordenó él antes de arrancar el motor.

—¿El qué?

—Babear por Garret —respondió, y metió la primera marcha para salir del aparcamiento público—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no le gustas?

—¿Y a ti qué te importa? —estallé, y le di un golpe en el hombro—. Es cosa mía.

—Te conozco desde que llevabas pañales. No me gusta ver cómo te arrastras para que Garret te preste atención. ¿Eso es a lo que aspiras?

A pesar de saber que tenía razón, bajo ningún concepto pensaba admitirlo.

—¿Es que nunca te has enamorado? —le pregunté de sopetón, mosqueada. Al recolocarme en el asiento para girarme y poder mirarlo más de frente, sentí un punzante dolor en la cintura.

Will tuvo la desfachatez de reírse.

—¿Eso es lo que crees que te pasa? ¿Crees que estás enamorada? —bufó—. No tienes ni puñetera idea del amor.

Solté una risa que sonó un poco histérica.

—¡Y eso lo dices tú!

—¿A qué te refieres con eso?

—A que nunca has mantenido una relación duradera —apunté.

—¡Claro que sí!

—No cuenta que te hayas acostado con la misma mujer durante dos semanas. Sigue siendo un rollo.

La sensual boca de Will se curvó en una devastadora sonrisa.

—Eres mala —susurró con voz ronca.

Que fuera uno de los mejores amigos de mi hermano, Stephen, hacía que conociese casi toda su vida amorosa. No era que a Will le diesen miedo las relaciones serias, sino que más bien no terminaba por engancharse a las mujeres con las que salía. Había tenido citas con auténticas bellezas, pero ninguna había conseguido que asentara la cabeza.

Comprendía que las mujeres lo encontraran irresistible. De verdad que lo entendía.

Tenía el pelo, negro y corto, peinado hacia atrás, y ese peinado exponía los exquisitos rasgos de su rostro. Unos rasgados y feroces ojos negros añadían masculinidad al resto de sus facciones. Nariz recta, labios bien formados, pómulos altos... Will había heredado un combo explosivo por parte de sus padres. Era genéticamente perfecto, y el hecho de que pasara todos los días un par de horas en el gimnasio no hacía más que perfilar y fortalecer su ya de por sí poderoso cuerpo.

Le eché un rápido vistazo. Aquel día llevaba una sudadera gris y un pantalón de deporte negro que le sentaban de maravilla.

—¿No tienes ningún caso que resolver en Nueva York?

—¿Ya quieres perderme de vista? —preguntó divertido. Sus manos acariciaban el volante con ternura, pero con firmeza. Encontré aquellos movimientos extrañamente hechizantes—. Cuando me ofrecí a traerte parecías contenta.

—Hasta que te ha dado por actuar como mi niñera. ¿Por qué no me dejas en paz? Nunca te ha importado con quién salga.

—Eso es mentira. —Apenas lo oí, pues lo musitó entre dientes, como si le costara admitirlo. Luego se aclaró la garganta—. Porque te mereces a alguien mejor que Garret —expresó con sinceridad. Lo dijo con tanta sencillez que tardé unos segundos en procesar sus palabras. Él, al percatarse de mi silencio, se encogió de hombros—. Es la verdad.

No supe qué decir, y preferí quedarme callada. Supuse que, al habernos criado prácticamente juntos, me tenía el suficiente aprecio como para que no le gustara verme ir detrás de un hombre que pasaba de mí. Sin embargo, estaba segura de que Garret me ignoraba porque me veía como la hermana pequeña de su amigo. Yo necesitaba desprenderme de aquella imagen y hacerle ver que era una mujer adulta.

Lo malo era que no estaba resultando nada fácil.

—Te voy a dar un consejo.

—No —dije con rotundidad.

—Sí, y vas a escucharme.

—¡Deja de utilizar ese tono de autoridad! —le pedí con angustia—. ¡Dios! Es horrible que todo el mundo en este condenado pueblo me trate solo como a la hermana pequeña de Stephen. ¡Soy adulta! Tengo derecho a equivocarme y a tomar mis propias decisiones.

—¿Aunque eso suponga ir detrás de alguien a quien no le importas?

—¿Y a ti qué más te da? —espeté, enfadada porque no abandonara aquel tema de conversación.

No me apetecía en absoluto escucharle decir lo que todo el mundo decía sobre mí: que estaba colada por Garret y que este no quería nada conmigo. ¿Por qué no me dejaban en paz? Todos se habían metido en líos, y no veía que estuviesen tan pendientes de ellos como lo estaban de mí.

—Porque me importas, Abbey.

—Pues entonces dime cómo puedo acercarme a Garret.

—Ni en broma —musitó con hastío—. Prefiero que antes me corten la mano.

Siguiendo un impulso infantil, con mi dedo índice le di un golpe en la muñeca.

—Listo. Cortada.

Will paró en un semáforo en rojo y me miró con una sonrisa.

No pude evitar reírme.

—Mantente alejada de Garret —insistió para mi mala suerte.

Puse los ojos en blanco.

—¿No se supone que es tu amigo?

—Sí —admitió él antes de aparcar justo delante de mi casa. Apagó el motor y suspiró—. Lo es.

Su voz sonó algo triste, o eso me pareció en ese momento. Me echó un rápido vistazo antes de salir del coche y abrirme la puerta.

—¿Puedes salir tú sola? Quiero comprobar que puedes moverte.

—Claro que puedo. Solo me duelen la espalda, el trasero y... la dignidad.

Will sacudió la cabeza. Sus ojos oscuros brillaron.

—Puedo darte un masaje.

Salí del coche con lentitud y me estiré una vez estuve fuera. Una corriente fría de aire heló mis pulmones.

—No, gracias. Me voy a dar una ducha.

Dejé a Will detrás mientras observaba la ostentosa decoración navideña de mi casa. Era la única de la calle que tenía tantas luces y figuras. Mis padres amaban la navidad, y cada año compraban algo nuevo. Según ellos, era la forma de unir lo viejo con lo nuevo. Lo que a mí me preocupaba era el día en el que no les cupiese nada más. Eran tanto el esfuerzo y tantas las horas que dedicaban para decorar la casa y el jardín que comenzaban el 1 de diciembre.

Muchas personas se pasaban para hacerse fotos con los renos que había en el jardín. Sobre todo de noche, cuando la decoración iluminaba la casa como si de una estrella fugaz se tratase. A mis padres les encantaba cuando los paraban por la calle para felicitarles por la decoración.

Me palpé los bolsillos traseros del pantalón de chándal para buscar las llaves cuando me di cuenta de que me había olvidado la mochila en el coche de Will.

Giré sobre mis pies y vi a Will, que estaba apoyado en el coche y con los brazos cruzados sobre el ancho pecho.

—¿Se te olvida algo? —preguntó lo suficiente fuerte como para que me enterase.

Volví hasta él con cierta desgana y me paré justo enfrente.

—¿Me devuelves mi mochila?

—¿Qué me darás a cambio? —quiso saber, divertido.

—¿Qué te parece las gracias? —sugerí antes de estirarme para meter la mano por la ventanilla abierta y agarrar del asa la mochila negra.

Estaba tan cerca de Will que pude oler su fragancia masculina y fresca. Mi cuerpo apenas estaba a unos centímetros del suyo, y cuando alcé la cabeza, pude distinguir las diferentes tonalidades castañas de sus ojos. Era como un mar de hojas otoñales bañadas por la luz del sol. Desprendía calidez y seguridad, como un puerto donde refugiarse. Pero también había algo más. Algo peligroso y hambriento que hizo que me sonrojara.

¿Soy yo o aquí pasa algo?

—Darme las gracias no es suficiente.

No supe qué decir ni cómo actuar. Sentía que estábamos jugando en otra liga, que sus comentarios bromistas habían adquirido un tono más adulto e íntimo. Sin embargo, supe que serían imaginaciones mías. Will nunca se fijaría en una mujer como yo. Las chicas con las que había salido eran mucho más delgadas, con rostros de modelo de pasarela, y elegantes.

Yo estaba bastante de parecerme a ellas.

Lo mismo me pasaba con Garret. No me parecía en absoluto al tipo de mujer con el que él salía.

Me humedecí los labios y retrocedí un paso.

—Nos vemos. Gracias por traerme —dije antes de darme la vuelta.

—Hasta mañana —fue su escueta despedida.

No respondí a sus palabras y saqué las llaves del bolsillo pequeño de la mochila. En cuanto encajé la llave correspondiente y di una vuelta a la cerradura, el calor del hogar me recibió. La chimenea estaba puesta, y escuchaba la voz de mi hermano hablando con mi madre en la cocina.

Le eché un último vistazo a Will por encima del hombro, pero ya no estaba. Se había marchado.

OceanofPDF.com

2

ABBEY

Fue a la mañana siguiente cuando me percaté de que gran parte del lado derecho de mi cuerpo estaba cubierto de una mancha violácea que iba desde la cintura hasta la mitad del muslo. Al parecer, que aquella desconocida me hubiese tirado por los aires me había hecho más daño del que había pensado.

Para ir a correr con mi hermano por Helena, capital de Montana, había pensado ponerme una camiseta de manga larga de color gris, una sudadera blanca que me estilizaba la figura y un pantalón de chándal oscuro. Iba arreglada aunque deportista. De esa forma, si tenía la suerte de encontrarme a Garret en una de sus muchas carreras, podría darle una buena impresión.

Me miré en el espejo del cuarto de baño.

Mi melena castaña se veía algo aclarada por las suaves mechas que me había puesto en verano. Mi piel seguía casi igual de bronceada que en agosto, cuando había ido a visitar a mi abuela por parte de madre. Yo había sido la única en heredar aquel color de pelo y piel y que delataba que por mis venas corría sangre española.

Miré mis ojos color avellana y decidí que aquel día no me veía tan cansada como para maquillarme.

Decidí recogerme el cabello en una coleta antes de colocarme las zapatillas de deporte y bajar al salón, donde un enorme árbol de navidad

parecía estar a punto de derrumbarse por todos los adornos que pendían de él.

Escuché unos pasos a mi espalda y me giré.

Era mi hermano.

—¿Preparada para correr?

Stephen me tiró de la coleta con cierta brusquedad. Yo me aparté de su lado con un gemido.

—¿Te importa mantener las manos quietas? ¡Dios! Sigues tirándome del pelo como cuando tenías diez años.

—Sigue siendo muy divertido chincharte. —Se encogió de hombros—. Oh, ¿te he dicho que Garret se ha apuntado a última hora?

Aquellas palabras fueron como música para mis oídos. Mi corazón dio un brinco dentro de mi pecho, y contuve una radiante sonrisa.

—¿En serio?

—¡No! —soltó mi hermano antes de reírse a carcajadas y dirigirse hacia la puerta. La abrió para que yo pasara antes—. Está con la pelirroja con la que salió ayer.

De acuerdo, aquello no me lo había esperado. La súbita alegría que me había invadido desapareció de golpe. Intenté no mostrar lo mucho que me había afectado la información y pasé por delante de él.

—¿Te refieres a la pelirroja de la clase de judo?

—La misma —respondió él, y dio unos cuantos saltos para entrar en calor. Sus ojos castaños se quedaron fijos en mí—. Por cierto, me enteré por Will de que te lanzaron por el aire. ¿Te encuentras bien?

—¿Acaso te importa? —pregunté antes de estirar. Cuello para un lado, luego para otro..., tobillos, muñecas...

Mi hermano se encogió de hombros.

—Solo admitiré que habría sido algo aburrido quedarme sin hermana pequeña.

—Ya, claro... —Lo empujé por la espalda—. Vamos, comencemos ya.

Mis padres tenían la casa en una de las zonas altas de Helena, por lo que sabía que todo aquello que bajábamos con tanta facilidad luego tendríamos que subirlo: colinas y colinas cubiertas de nieve que las máquinas quitanieves retiraban de las carreteras. Desde donde me encontraba en ese

momento podía ver la catedral de Santa Helena, grande, impresionante y con un toque gótico que terminaba por hacerla una de las grandes maravillas de la capital. La nieve cubría sus picos altos y afilados y el paisaje de bosque que la rodeaba la hacía parecer sacada de un cuento de hadas.

Allí me casaré yo algún día con Garret. Seguro que sí, pensé sin mucho aliento después de llevar corriendo diez minutos.

El sudor comenzó a perlarme la frente mientras un intenso calor aparecía en mi pecho. El cansancio provocaba que sintiera las piernas tirantes y pesadas. En la facultad no solía moverme mucho. Para qué mentir: ocupaba la mayor parte del tiempo estudiando y hablando sobre guarradas con mi compañera de habitación.

Mientras bajaba una pendiente por la que empezaba a formarse una nueva capa de nieve, a pesar de que apenas unos momentos antes había pasado por allí la quitanieves, ya que veía las marcas, me pregunté si mi hermano seguiría saliendo con esa tal Cindy.

—Eh, Stephen —dije con la respiración entrecortada.

Mi hermano me echó un rápido vistazo.

—Estás roja como un tomate —señaló sin detenerse.

—¿Sigues con Cindy?

—¿Es que no puedes correr sin tener que cotillear sobre la vida de los demás? Eres una vieja alcahueta, Abbey.

¿Por qué demonios sonaba su voz tan estable? La mía era entrecortada.

—Así que esa tal Cindy era solo un polvo.

Stephen sacudió la cabeza.

—No voy a hablar de mis ligues contigo.

—Pensaba que era tu novia.

—No era mi novia. Solo nos divertíamos.

—¿Es que tu grupo de amigos se reduce a eso? ¿Beber, follar y divertirse?

Mi hermano paró de golpe, lo que hizo que me golpeará de lleno contra su espalda. Me llevé una mano a la nariz y me la froté.

—¡Joder, Stephen!

—¿Desde cuándo dices «follar»? —preguntó molesto, como si acabase de darse cuenta de que tenía veintidós años en vez de catorce.

Fui a responderle con un comentario vulgar y malintencionado cuando unas luces nos cegaron. Mi hermano se hizo a un lado y me agarró del brazo para apartarme.

Yo no reconocí el vehículo rojo que se detenía justo a nuestro lado. Él sí debió de hacerlo, ya que dio unos suaves golpecitos en la ventana. Asomé el rostro por un lado del cuerpo de mi hermano y vi a Garret en el coche. Sin embargo, toda la felicidad que pudiese haber sentido desapareció de golpe. Conducía la pelirroja de la clase del día anterior. No hacía falta ser muy inteligente y observador para percatarse de que habían pasado una buena noche. Los ojos de ella brillaban, y su melena estaba despeinada. Él, en cambio, lucía una sonrisa satisfecha que fue directa a mi corazón.

Tragué saliva yforcé una sonrisa que distaba de mostrar cómo me sentía en realidad.

—Eh, no llegues tarde luego, ¿de acuerdo? —le advirtió mi hermano a Garret—. No pensamos esperarte.

—Sí, sí. En casa de Will a las ocho. Entendido. —Garret clavó sus ojos azules en mí—. ¿Cómo te encuentras, Abbey?

—Bien, yo...

—Oh, ¿no eres tú la chica a la que lanzaron por los aires en la clase de judo? —inquirió la pelirroja, que interrumpió mis torpes palabras.

Apreté tantos los dientes que temí rompérmelos.

Lo peor fue cuando Garret hizo el mayor de los esfuerzos por contener una risa. La pelirroja no parecía haberlo hecho con mala intención, pero a mí me sentó como una patada en el estómago. Además, habría jurado que ambas teníamos la misma edad.

—Sí —respondí con acidez.

—¿Y cómo te encuentras? Vuestro otro amigo estaba hecho una furia.

—Will. Ese es Will —le aclaró Garret antes de bostezar—. Vamos a desayunar. Me muero de hambre.

Mi hermano se despidió de ellos mientras yo me quedaba callada. Un mal sabor de boca inundaba mis papilas gustativas mientras veía cómo Garret colocaba una de sus grandes manos sobre el muslo de la pelirroja.

Me alejé un paso para no ver cómo se deslizaba por dentro de la falda y ella se tensaba.

El coche rojo arrancó, y se alejaron de nosotros.

Cogí una enorme bocanada de aire en un intento por aliviar el creciente dolor que se había instalado en mi pecho. Me pregunté por qué Garret no se fijaba en mí. La pelirroja y yo éramos de la misma edad, y él debía de saberlo. Sin embargo, nada importaba. Por más que intentara llamar su atención, nunca lo conseguía. Estar enamorada de él y ser testigo de todos y cada uno de sus gestos cariñosos con las mujeres con las que se acostaba era como una lenta tortura en mi alma.

El coche ya no se veía desde mi posición, pero yo era incapaz de retirar la mirada. Dos años colada por él... ¿y para qué había servido? Para salir con chicos de la facultad que fueran parecidos a él: rubios, ojos claros, altos, musculosos... y ese aire de picardía y chulería que me arrebatava el aliento.

—Eh, ¿continuamos? —Mi hermano me frotó un hombro. Se aclaró la garganta, como si se sintiera incómodo—. Deberías dejar de pensar en Garret, Abbey. No es para ti.

Abochornada por haber sido pillada, alcé la barbilla. Sabía que me temblaba, y mi hermano me miró con cierta pena.

—¿Vamos a correr o me voy a casa? —quise saber sin mucha convicción.

Reanudé el ritmo y poco a poco comencé a correr más. El aire frío de la montaña me golpeaba el rostro, cosa que agradecía. De esa forma mi hermano no sería consciente de lo avergonzada y dolida que estaba. La sangre que se me había acumulado en las mejillas comenzaba a dispersarse. Solo en ese momento me enfoqué en la entrada al bosque, en todos aquellos árboles verdes y espesos que me darían la bienvenida y me ayudarían a desconectar.

Recordé esa noche, dos años atrás, cuando fui a recoger a Garret en mitad de la noche. No es que él me hubiese llamado, ni mucho menos. Había sido un verano caluroso, y mi hermano y yo estábamos tumbados en las hamacas del jardín, mirando las estrellas. Él bebía un botellín que debió

de ser... ¿el quinto? antes de quedarse dormido y dejar que el móvil se deslizará por su mano hasta el césped.

El teléfono vibró varias veces en una silenciosa petición que mi hermano no respondió. Su pecho subía y bajaba en mitad de la noche, y fue justo cuando se dio la vuelta para dormir sobre un costado que yo estiré la mano. Recordaba lo rápido que había latido mi corazón cuando mis dedos tocaron el acero del aparato.

Lo desbloqueé con bastante facilidad, pues ¿qué hermana no se sabía la clave de su hermano?, y miré sus mensajes. Ignoré todos aquellos que provenían de chicas con las que se había acostado y me enfoqué en el de Garret. La saliva se me había acumulado en la boca cuando me percaté, tras leer el contenido del mensaje, de que aquella era mi oportunidad para dar un pequeño paso.

Sin pensarlo mucho más, le respondí escuetamente y entré en casa para coger las llaves del coche de mi padre. Mis padres se habían ido a pasar el fin de semana a Billings, la ciudad más poblada de Montana, junto con otro matrimonio, por lo que nadie se enteraría de que tomaría prestado el vehículo.

Sin pensarlo mucho más, diez minutos más tarde conducía hacia la dirección que Garret me había facilitado. No había ni una sola alma en Helena, lo que me recordó lo tarde que era. La luna llena se había liberado del confinamiento de las montañas e iluminaba el cielo. Las estrellas eran como pequeñas bombillas de colores fugaces que me señalaban el camino hasta el *pub* donde Garret se encontraba.

Fue descubrirlo, apoyado sobre la pared del *pub*, lo que provocó que una enorme sonrisa decorara mi rostro. El corazón me iba a mil, y verlo tan guapo me hizo soltar un suspiro. Llevaba una camiseta de manga corta blanca, y unos vaqueros enfundaban sus largas piernas.

Él se colocó una mano sobre el rostro cuando las luces del coche lo cegaron.

Unos segundos más tarde, se montaba en el coche y me miraba con sorpresa.

—¿Abbey?

Su voz ronca me arrancó un suspiro. Su aliento, mentolado y mezclado con lo que había bebido, llegó hasta mi nariz.

Obligué a mi cerebro a trabajar a la mayor velocidad posible. Tenía que inventarme una buena excusa.

—Mi hermano estaba liado y me ha pedido que viniera a por ti.

Garret sacudió la cabeza.

—Eso es raro. Stephen no quiere que conduzcas de noche. ¿No tuviste un accidente hace un mes?

Que se acordara de que la poca visibilidad de la noche me había jugado una mala pasada y me había hecho llevarme por delante la valla de mi vecino me mosqueó.

—Eso fue un malentendido.

—¿No te llevaste por delante la valla del vecino?

Empezaba perder la paciencia.

—¿Quieres que te deje aquí y me marche a casa? —solté mientras tamborileaba con los dedos contra el volante.

Garret parpadeó durante varios segundos antes de sacudir la cabeza.

—Joder, no. Gracias.

—Bien. Pues abróchate el cinturón —le ordené antes de meter la primera marcha y salir del aparcamiento de aquel *pub*.

¿Qué demonios hacía allí, solo, con tantos hombres borrachos consumiendo sin parar? Había alguna que otra moto aparcada, iluminadas por el letrero de aquel *pub* y las escasas farolas. Era tan desolador y frío que me pregunté qué necesidad tendría de ir allí.

Conducía sumida en un ensordecedor silencio que me permitió saber que, una vez más, no pasaría nada.

Me aclaré la garganta y miré de reojo a Garret.

Joder, qué guapo era. Tenía un perfil digno de un modelo.

Me humedecí los labios antes de clavar los ojos en la carretera.

—¿Qué hacías allí?

—¿Eh?

—En el *pub*. Solo. Ni Will ni Stephen te han acompañado.

Él asintió con lentitud.

—Solo quería divertirme un rato.

—¿Y no puedes divertirte sin tener que beber?

Garret se mordió el labio inferior, y fue la cosa más sexy del mundo. Se me cerró la boca del estómago.

—De acuerdo, tienes razón: había quedado con los compañeros del gimnasio.

—¿Y te han dejado solo?

No pude evitar soltárselo: de ser así, me parecían unos cabrones.

—Se supone que me iba al apartamento de una... chica.

Oh, oh..., quizá fuese mejor no querer saber nada. Tenía pinta de que aquella historia no me gustaría nada. Sin embargo, él pareció coger carrerilla, ya que continuó sin que se lo pidiese.

—Pero se ha marchado.

—¿Te ha dejado tirado? —pregunté, sorprendida y sin creerme aquello. ¿Quién en su sano juicio le haría eso a un hombre tan sexy y arrollador como Garret? Era como una estatua del dios Apolo. Perfecto en todos sus ángulos.

—Me he acabado liando con su compañera —reveló algo avergonzado.

No dije nada, y él debió de percibir mi incomodidad, ya que se quedó callado.

¿En serio? ¿Es que no era capaz de actuar ni una sola vez como un hombre normal? Quise gritarle que era un cerdo, que aunque estuviera soltero y tuviera total libertad para hacer lo que le diese la gana, yo estaba colada por él. Quería que no actuara así. Quería que cambiara, que dejara de verme como la hermana pequeña de su amigo. ¿Acaso pedía tanto?

Imaginar aquellos labios carnosos sobre otros para luego humedecerlos con su lengua... me rompió el corazón. Por completo. Me sentía estúpida, incapaz de cerrar aquel amor juvenil que había comenzado en cuanto yo pasé a la adolescencia y comencé a fijarme en aquel escultural rubio.

Sabía en lo más profundo de mi ser que mi historia con Garret nunca sucedería. Estaba destinada al fracaso incluso antes de empezar. Aun así, no podía admitirlo. Silenciaba aquella voz que me exigía que me olvidase de él y buscase a otro que no fuese a hacerme sufrir tanto.

Unos quince minutos más tarde, dejé a Garret en su casa.

Se oía el canto de los grillos, y yo habría disfrutado de aquel momento de no haber sido por las palabras de él, que me quemaban por dentro.

—Bien, ya hemos llegado. Haz el favor de llevarte coche la próxima vez —le recomendé con premura. Por primera vez en mi vida, quise alejarme de él y pensar en todo lo que había ocurrido esa noche.

Garret me dedicó una de esas sonrisas mojabragas que, en otra situación, me habría arrebatado la respiración.

—Gracias, Abbey. —Garret se desabrochó el cinturón y entornó los ojos antes de mirarme fijamente.

Nerviosa, me percaté de que me recorría con la mirada. Por el brillo que desprendían sus ojos, supe que, a pesar de no estar borracho, tampoco estaba sobrio.

—¿Por qué no te bajas del coche? —me aventuré a preguntar.

—¿Cuándo has crecido tanto?

Puse los ojos en blanco y solté una risa seca.

—Tengo veinte años, Garret. Terminé de ser una niña hace bastante tiempo.

—Eso me dijo Will, sí —musitó más para sí mismo que para mí—. Me dijo que habías cambiado. Tu hermano cogió un cabreo de cojones.

Sacudí la cabeza, sorprendida.

—¿Eso dijo Will?

—Sí, que estabas guapísima. —Garret sonrió—. Tendrías que haber visto a tu hermano. Estaba hecho una furia.

—Pero Will tiene novia.

Él se encogió de hombros.

—Es un secreto a voces que no está enamorado de ella.

—Eso no es excusa —debatí con cierto enfado—. ¿Qué demonios os pasa a vosotros tres? Tenéis cuerpos de hombres pero actuáis como niños.

—Espera, espera, ¿desde cuándo se ha vuelto esta conversación tan seria? Estoy algo tocado por el alcohol y es demasiado tarde para que me regañes.

—Alguien tiene que hacerlo. Actúas como un *fuckboy*.

Comencé a verlo todo rojo cuando Garret se rio a carcajadas en mi cara. El sonido de su risa era masculino y ronco. Joder, todo en él era así. No

había ni una sola parte de él que no me atrajera como una polilla a la luz.

Bueno, sí, su actitud. Pero eso era una historia parte.

—¿Dónde has aprendido ese término?

—¡Por Dios, Garret! Estoy en la facultad y no soy virgen. ¿Podéis parar de verme como la hermana pequeña de Stephen? Soy una mujer y también sé divertirme.

—¿No eres virgen? Como tu hermano...

—¡Deja de mencionar a mi hermano! —estallé.

A él pareció hacerle gracia mi enfado, pues estiró un brazo para agarrarme por los hombros y abrazarme.

—Oh, vamos, Abbey. Esto es muy incómodo.

—¿Tú puedes decir que te has liado con dos tías en una noche pero yo no puedo decir que no soy virgen?

Garret sacudió la cabeza antes de encogerse de hombros.

—Supongo que sí. No sé, me parece cómico. Eres como una hermana pequeña para mí, por lo que imaginarte teniendo sexo es... perturbador...

¿Era yo o acababa de sonar en el coche cómo mi corazón se rompía en mil pedazos? Porque sus palabras fueron como una daga en mi pecho. Certeras y afiladas. Me había dado en mi punto débil y sin tan siquiera proponérselo. Quise contener las lágrimas y mirar hacia otro lado, pero fue justo en ese momento cuando no pude acallar la voz de la razón.

Estoy en el lugar equivocado con la persona equivocada. Siempre lo ha sido.

Tragué saliva. ¿Era consciente Garret de lo mucho que acababa de herirme? Supuse que no, ya que me observó con confusión antes de acercarse a mí hasta casi acortar la distancia entre nuestros rostros.

—¿Estás llorando? Maldita sea, con esta oscuridad no veo una mierda.

Negué con la cabeza y desvié la cara hacia el otro lado. Intenté concentrarme en las casas adosadas.

—No. Solo estoy cansada.

Garret me agarró por la barbilla con cierta torpeza para girarme la cara. Lo hizo con esfuerzo, ya que yo luché hasta el último momento para evitar que me viera sumida en la más profunda humillación.

—¿Qué te pasa?

Nada, solo me has roto el corazón.

Musité una mentira creíble:

—Lo he dejado... con mi rollo de la facultad.

—Vaya...

—Sí. Yo estoy enamorada de él, pero para él no es lo mismo. De hecho, se ha liado con unas cuantas al mismo tiempo que estaba conmigo. —No sé por qué lo hice, pero le estaba contando su historia reflejada en él. Garret no se dio cuenta, y me miraba con cierta tristeza.

—Es un capullo. Búscate a otro.

—Eso haré —expresé sin mucha convicción.

—Déjame decirte algo, Abbey: si un hombre no hace nada por verte ni repara en los más mínimos detalles, lamento decirte que no está detrás de ti.

—Sentí su aliento en mis labios, y a medida que lo escuchaba solo pude bajar la mirada y asentir—. Somos muy simples.

—Me he equivocado —murmuré.

—Eres una chica guapa. No te costará encontrar a uno al que le gustes. Eso sí, no se lo digas a tu hermano, ¿de acuerdo? —Garret me dio un pequeño pellizco en la barbilla—. Me cortaría las pelotas.

Mi corazón se saltó un salido cuando él se inclinó para darme un beso en la mejilla. Su torpeza le hizo parar en la comisura de mi boca, y aunque no pareció darse cuenta, para mí fue algo mágico. Suaves y calientes, así eran sus labios. Notaba que aquella zona me ardía en un desesperado intento por calmar mi hambre y volver a sentirlo.

—Gracias, Abbey.

—De nada —musité una vez cerró la puerta del coche.

Regresé a casa con la música de la radio a todo volumen. En vez de aprender de la situación, de leer entre líneas que Garret no me veía más que como la hermana de su amigo, cometí el error de taparme los ojos y centrarme en ese accidentado beso que para él no había significado nada.

OceanofPDF.com

3

WILL

Llegué a la casa de los Winters justo a la hora del almuerzo. Aparqué el coche en el primer sitio libre que encontré antes de bajarme y ver la ostentosa decoración navideña. Destacaba entre el resto de las casas de Helena. Reflejaba a la perfección el carácter amable y alegre de la madre de Stephen y Abbey, Margaret.

A finales de noviembre se la podía ver junto a su marido con cajas y cajas repletas de luces y objetos de temática navideña. A veces envidiaba el ambiente sano y cariñoso que se respiraba por cada esquina de la casa. Recordaba aquellos años en el colegio cuando Margaret le hacía un disfraz a Abbey para una fiesta. Disfrutaba creando cada tramo de tela, añadiendo colores y botones para que fuera original y diferente.

Todos, hasta cierto punto, habíamos deseado tener una madre como Margaret.

Con una botella de vino en la mano, llamé al timbre y esperé.

Escuchaba desde mi posición una canción navideña. Esbocé una sonrisa.

La puerta se abrió y apareció Margaret. Sus ojos marrones brillaron de felicidad al verme.

—¡Oh, mi Will! —Me rodeó con sus brazos como si aún fuese un niño, y no un hombre que le sacaba tres cabezas—. Te estábamos esperando. Entra, entra. Hoy hace mucho frío.

—Gracias, Margaret. He traído esto —dije en cuanto puse un pie en el interior.

—No hacía falta, cariño. ¿Quieres algo de beber? Los demás están tomando cerveza.

—Que sea otra, por favor —pedí antes de cerrar la puerta tras de mí.

Me quité el abrigo oscuro que llevaba para dejarlo en el perchero que había a mi derecha. Las paredes de la casa eran de color blanco. Varios cuadros con fotos decoraban todo aquello que veían mis ojos. Era tal el amor que Margaret sentía por sus hijos que había fotografiado cada año de sus vidas con esmero y cuidado.

Mi marco favorito era uno que había en el salón, cerca del árbol de navidad. En él se podía ver las diferentes etapas de la vida de Abbey: desde su nacimiento, pasando por la tierna edad de seis años y hasta hacerse adulta.

Porque, joder, Abbey era ya toda una mujer.

Escuché las pisadas de alguien bajando las escaleras. Suaves y livianas, y mi corazón se aceleró al saber de quién se trataba.

Alcé la mirada y apreté los dientes.

Abbey.

Los ojos de ella, castaños y cálidos, se posaron en mí.

—¿Otra vez tú por aquí? —bromeó mientras terminaba de bajar los últimos peldaños. Intenté con todas mis fuerzas no fijarme en el movimiento de sus pechos, cubiertos por un jersey blanco. Llevaba la melena castaña recogida en una coleta alta, aunque algunos mechones se habían soltado. Se acercó tanto a mí que pude ver las densas pestañas oscuras que rodeaban su mirada. Su olor, dulce y femenino, me llegó de golpe—. ¿Es que no puedes vivir sin mí?

—¿Y qué hay de ti? ¿Por qué has venido a recibirme?

Maldición, la forma en la que se sonrojó me hizo apretar los puños a ambos lados del cuerpo.

—No te creas tan importante. Lo hago por cualquiera —dijo con rapidez antes de alzar la cabeza.

Me fijé en sus labios y me imaginé lo bien que tendrían que saber. Ella debió de darse cuenta de que miraba su boca, ya que se humedeció los

labios y retrocedió un paso.

—Gracias —musitó con la boca pequeña.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por lo de ayudarme en la clase de judo —explicó mientras se quitaba una pelusa imaginaria del jersey. Qué mona. Estaba nerviosa—. Fuiste el único que me cogió como una bolsa de patatas.

—Oh. Claro.

—Sí, ya sabes... —Abbey se encogió de hombros—. Pensaba que debía darte las gracias.

—¿Por qué no me las das de otra forma?

A Abbey se le pusieron los ojos como platos, y maldije en mi interior. ¿Por qué demonios no me podía mantener callado? Sí, llevaba años colado por la hermana de mi mejor amigo, pero nunca me había considerado lo suficientemente bueno para ella. Siempre había sido egoísta, y priorizaba mi diversión y mi disfrute por encima de todo.

Hasta que Abbey pasó de ser una niña a una mujer. Recordé cuando cumplió los dieciocho años; el novio que se había echado estando en el instituto y con el que me había peleado dos días más tarde cuando lo pillé en el baño de hombres de un *pub* alardeando de haber desflorado a Abbey.

Recordé la rabia que se había extendido por mi cuerpo antes de romperle la nariz. Por supuesto, el capullo me había golpeado en el cuerpo lo bastante fuerte como para provocarme alguna que otra marca morada. Después de esa noche, y con la amenaza de que le fracturaría la mandíbula, dejó a Abbey.

Maldita sea, era verla y sentir que todo mi cuerpo ardía.

—¿Qué me estás proponiendo, Will?

Me encogí de hombros.

—No sé... ¿Qué tal un masaje en la espalda? —Me toqué la parte de los riñones con un gemido de dolor. Ella se mordió el labio inferior, aguantando la risa—. Después de cargarte en brazos...

—¡Ni se te ocurra decir que peso!

—Jamás me atrevería —dije, y alcé las manos en señal de paz.

Margaret vino hacia nosotros en ese momento junto a Stephen. Mi amigo empujó a su hermana a un lado con suavidad para darme un rápido

abrazo y una palmada en la espalda.

—¿Por qué demonios no vienes a la cocina?

—Tu hermana me prometía un masaje por los daños ocasionados.

Abbey abrió la boca hasta formar una perfecta o.

Joder, me encantaba picarla.

—¡Yo no he prometido tal cosa!

—¿Por los daños ocasionados? ¿Qué ha sucedido, Will? ¿Te encuentras mal? —preguntó Margaret con el rostro arrugado por la preocupación.

—Oh, no, no. Para nada. Solo que ayer tuve que cargar a tu hija en brazos.

Stephen puso los ojos en blanco. Su madre, en cambio, se rio.

—¡Oh! Ya me lo ha contado Stephen. —Miró a su hija con una ceja alzada—. ¿Qué hacías en una clase de judo, Abbey? Nunca te han gustado los deportes de contacto.

¿Era yo o el rostro de Abbey se iba volviendo más y más rojo cada segundo que pasaba? Me dirigió una mirada fulminante que estuvo a punto de arrancarme una carcajada.

—Pues...

—Es por Garret, mamá —respondió Stephen antes de darle otro trago a su cerveza—. Está coladita por él.

—¡Eso no es cierto! —protestó la aludida.

Margaret cruzó los brazos bajo los pechos y negó con la cabeza.

—No me gusta ese chico para ti. Pensaba que era un amor de adolescencia. ¿Te sigue gustando, Abbey?

—¡No! —dijo ella con rotundidad, aunque tanto Stephen como yo sabíamos la verdadera respuesta—. Eso no es verdad. Ya tengo veintidós años. Eso fue hace mucho.

Stephen miró a su hermana con burla. Su madre asintió.

—Bien, eso espero. Aprecio mucho a Garret, pero no me gusta nada como pareja de mi hija.

—¿En serio estamos hablando de esto en la entrada? —estalló Abbey con voz aguda.

—Bueno, en verdad he venido porque necesito que te acerques al supermercado. —Margaret le dio una lista de la compra a su hija—. Me

faltan algunas cosas y estoy terminando de hacer la carne. Tu padre está limpiando el salón y tu hermano iba a echarle una mano. Así que te toca a ti ir.

Abbey suspiró sonoramente antes de quitarle la lista de las manos con desgana.

—De acuerdo. ¿Puedo coger tu coche? —preguntó a su madre antes de dirigirse hacia el salón y coger su abrigo y su bolso.

—Claro...

—No hace falta. Yo te llevo —me ofrecí con rapidez. Me volví para agarrar el abrigo que había colgado en el perchero y me lo puse—. Tengo las cadenas puestas.

—Te lo agradezco, Will. No me gusta que conduzca con nieve. Ni ella ni Stephen. No tienen mis reflejos.

Stephen nos miraba con los ojos entornados, y temí que mi buena predisposición hubiese revelado mis verdaderas intenciones: pasar tiempo a solas con Abbey. Me moría de ganas por hablar con ella, escuchar su voz y sentir sus ojos sobre mí. Era masoquista, y lo sabía. Otro hombre en mi situación pondría tierra de por medio y dejaría que Abbey se estrellara contra Garret.

Sin embargo, yo era incapaz de darle la espalda a la chica que me arrebatava el sueño y hacía que me despertase todas las mañanas con una imponente erección.

No, yo quería a Abbey. La quería para mí.

Y pensaba luchar hasta el último segundo si con ello me ganaba su corazón.

OceanofPDF.com

4

ABBEY

Miré de reojo a Will, quien sonreía en silencio mientras conducía. Sus manos, grandes y fuertes, estaban sobre el volante. No supe por qué, pero me resultaron arrebatadoramente atractivas y excitantes.

No pude evitar recordar aquel rumor que corrió por el instituto durante semanas y semanas. Megan, una de los primeros ligues de Will, había contado en los vestuarios lo bien que él utilizaba los dedos en aquella parte de su anatomía cada vez que se acostaban. De acuerdo con sus palabras, obraban magia y conseguían que se corriera una y otra vez. Al ser unos seis años más pequeña que él, en ese momento no lo había entendido del todo. Pero una simple mirada a sus manos provocó que me preguntase si era posible. ¿Sería capaz Will de conseguir que una mujer se corriera con sus dedos?

No es que yo hubiese permanecido con un voto de castidad. De hecho, me había acostado con unos cuantos tíos de la facultad, pero ninguno había conseguido que llegara al orgasmo con sus dedos. Ninguno. Ni siquiera remotamente cerca.

Deslicé la mirada desde la sensual boca de Will hasta su mandíbula, de trazos afilados y fuertes. Fui bajando hasta su nuez, que se movía cada vez que tragaba saliva. Comprendía por qué las chicas del instituto se habían vuelto locas con él. ¿Quién no lo habría hecho? Era guapo. ¿Guapo? Bueno, esa palabra no le hacía justicia. Era condenadamente guapo. Mientras que la

belleza de Garret era perfecta y hasta cierto punto dulce, la de él era oscura. Era como andar por arenas movedizas y no saber por dónde ir para escapar de él.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente.

Sacudí la cabeza y me sonrojé.

—¿Quieres saberlo de verdad?

Will alzó una ceja, precavido.

—Sí, claro. Me mirabas... muy raro.

—¿De qué forma?

Por favor, que no diga «de forma descarada». Por favor, que no diga...

—Como si quisieras aprovecharte de mí. —Will hizo un gesto con el rostro que me arrancó una carcajada—. ¿En qué pensabas, pequeña guarrilla?

—¡Lo que me ha dicho! —salté sin parar de reír. Me dolía el estómago y me doblé sobre mí misma para que mi cuerpo dejara de retorcerse por las carcajadas.

Oh, Dios. Definitivamente me encantaba el humor de Will. Tan liviano y cálido como una brisa primaveral.

Paró cuando el semáforo se puso rojo y me echó una rápida mirada.

—Venga, dime en qué pensabas para que me miraras *así*.

Me humedecí los labios y asentí. Tenía la suficiente confianza con él para contárselo todo. Cosa que no habría hecho bajo ningún concepto con Garret. No me importaba ser tal y como era delante de Will. Con él no tenía que fingir que era una mujer extraordinaria para conseguirlo.

—¿Sabes? Cuando estábamos en el instituto, en los vestuarios... Megan dijo algo de ti.

Él frunció el ceño.

—¿Quién?

—¡Megan! ¿No te acuerdas de ella? Morena, alta, pechos enormes, ojos azules... ¡Oh, vamos! Garret y tú os peleasteis por ver quién conseguía salir con ella.

—No la recuerdo —expresó con sinceridad antes de poner la primera marcha y girar hacia la izquierda, donde estaba el supermercado.

—Ya, claro. Estás acostumbrado a estar con mujeres tan guapas que ¿para qué demonios te ibas a acordar de Megan? Pobre Megan.

Él se encogió de hombros y el chaquetón que llevaba crujió, quizá por todos los músculos grandes y fuertes que resguardaba.

Aparcó en el primer sitio que encontró y se desabrochó el cinturón.

—Lo siento, pero no recuerdo a esa tal Megan. ¿Ahora vas a decirme qué es lo que se dedicaba a soltar por la boca en los vestuarios femeninos?

Yo me quité el cinturón de seguridad y estiré la mano para abrir la puerta del vehículo. Al tirar, comprobé que estaba echado el seguro. Me giré hacia Will con una ceja alzada.

Él esperaba, paciente, con aquellos oscuros ojos clavados en mí.

—¿Y bien?

—¡Venga ya! Seguro que te hueles cómo va la historia —me quejé—. Simplemente presumía de tus dedos.

—¿Mis dedos?

La verdad era que el pobre parecía confundido.

—Según ella, eras capaz de conseguir que una mujer se corriera una y otra vez.

Una sonrisa lobuna apareció en el rostro de Will. Respiraba de forma suave y acompasada.

—Ah, vaya.

—Sí, eso mismo pensé yo, que quedé traumatizada sin entender nada.

—Pero te acuerdas.

Me encogí de hombros mientras sentía que mis mejillas se volvían rojas como el granate.

—¿Qué puedo decir? Con el paso de los años comencé a compararlo con mis experiencias. —Vi que una mujer pasaba por delante de nosotros con un carro lleno de comida y seguida de su marido con los niños. Todos eran rubios y de ojos azules, y pensé en lo mucho que me gustaría formar algún día mi propia familia.

—¿Y cuál fue la conclusión?

Me giré hacia Will e hice una mueca.

—¡Ja! No pienso alimentar tu ya de por sí enorme ego.

—Venga, no seas mala —me pidió antes de estirar una mano y hacerme cosquillas bajo las costillas.

Me encogí en mi sitio antes de darle un manotazo.

—Te dije que te contaría lo de Megan, no a qué conclusión llegué.

Él soltó un suspiro antes de quitar el seguro y apearse. Pasó por delante del coche y me abrió la puerta. Salí lo más dignamente posible y alcé la cabeza. Cometí el error de observarlo con atención y darme cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro. Will esperaba con paciencia, como si para él no fuera más que otra mujer que se quedaba absorta mirándolo.

—Eres mala.

—Mucho más de lo que tú te puedas imaginar.

Pasé por delante de él hacia la entrada del supermercado. Intenté ir lo más recta posible, como si hablar de orgasmos y sexo con él no me afectara en absoluto. Porque ¿a quién quería engañar? Podía estar enamorada de Garret, pero tenía ojos en la cara para saber que Will estaba buenísimo.

—Eh, Abbey.

Me paré de inmediato y me di la vuelta. Apreté el asa del bolso con fuerza.

Algunas adolescentes que pasaban por su lado se quedaron mirándolo. Soltaron unas risitas que me hicieron acordarme de mi adolescencia, de cuando yo hablaba con mis amigas de Garret.

—¿Qué?

Will levantó la mano y me enseñó los dedos de la mano derecha. Yo me sonrojé hasta la raíz del pelo.

—Solo tienes que pedirlo.

—¡Que te den! —exclamé antes de darme la vuelta y entrar sin él. Escuché su risa ronca a mi espalda, y ese sonido se quedó grabado en mi cabeza a fuego. Me recorrió el cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

Definitivamente, tenía que poner distancia entre él y yo mientras trazaba un nuevo plan para acercarme a Garret.

OceanofPDF.com

5

ABBEY

Estaba colocando una bolsa con cuatro kilos de patatas en el carro cuando escuché unas risas juguetonas a mi izquierda. Giré la cabeza en esa dirección y enmudecí.

Era Garret.

Podía reconocer ese pelo rubio y ese cuerpo musculoso en cualquier lugar.

Sin embargo, toda la felicidad que sentí desapareció de golpe al verlo con la pelirroja. Lo primero que pensé fue qué demonios hacía con ella y por qué no estaba con otra chica. Una parte de mí expresó en mi cabeza que ella no tenía nada de especial para que él continuase viéndola. Luego me sentí como un ogro. ¿Quién demonios era yo para infravalorar a esa mujer que había conseguido en un día lo que yo había intentado durante años?

Mi corazón se saltó un latido cuando Garret deslizó una de sus manos del muslo de la mujer hacia arriba hasta desaparecer en la falda de lana.

Quiero que me toque así, pensé con dolor.

Anhelaba tanto ser el centro de atención de Garret que me dolía el pecho. Era horrible desear algo que no podías tener. Era horrible albergar sentimientos por alguien que apenas notaba que existías.

Te estás fijando en el hombre equivocado.

Will dejó las especias que mi madre me había escrito en la lista y se inclinó sobre mí para ver qué llamaba mi atención. Su olor, fresco y

masculino, me aturdió durante unos segundos.

—Oh.

—Sí, oh —repetí con amargura—. Esa pelirroja le está durando más de lo que esperaba.

Will colocó sus manos sobre mis hombros y apretó con calidez.

—Deberías parar de espiarlos. Das un poco de grima —me susurró en el oído.

Me giré hacia él con rapidez, y aunque Will intentó apartarse, le golpeé con el codo entre las costillas.

—No tiene gracia.

—¿Quién ha dicho que la tenga? —preguntó alzando las manos.

—¡Te estás riendo!

—Esto es patético, Abbey. Estás pasando todas las vacaciones de navidad llorando por alguien que ni siquiera se percató de que existes —me dijo con suavidad. A pesar del cuidado que puso, no pude menos que encogerme ante tal verdad.

Una voz femenina me impidió pensar más en ello.

—¡Hola, chicos!

Le di la espalda a Will yforcé una amistosa sonrisa. En eso sí que era buena, en fingir que no pasaba nada y que por dentro no me pudría como una fruta madura.

Miré a Garret, cuyas manos estaban alrededor de la cintura femenina.

—Eh, tío, qué casualidad —dijo Garret antes de separarse de la pelirroja y darle un abrazo rápido a su amigo. Luego me miró—. ¿Qué tal, Abbey?

Supe que era una pregunta irónica, por lo que no respondí.

—Estamos comprando algunas cosas para el almuerzo —explicó Will.

—¿Almuerzo? ¿Qué almuerzo?

—Se queda en casa —le aclaré a Garret, que asintió.

—Oh, pero nuestro plan de hoy sigue adelante, ¿verdad?

—Claro. A las seis nos vemos —aseguró Will.

¿A qué plan se refería? ¿Adónde iban? La pelirroja debió de preguntarse lo mismo, ya que su rostro mostró una mueca incómoda que dejaba ver que Garret no le había dicho nada. Ver su confusión hizo que me sintiera mal.

No, Garret no la veía más allá de un rollo pasajero para distraerse. Solo se estaba divirtiendo con ella.

No pude menos que sentir indignación.

—Bueno, tenemos que continuar con la compra. —Agarré a Will de la mano y tiré de él—. ¿Vamos? Adiós.

—Adiós —respondió Garret, que agarró a la pelirroja antes de llevársela.

Will se encargó de coger el carro y tirar de él una vez lo solté. Fuimos hasta la parte de las verduras, donde, en completo silencio, cogí tomates, pimientos y cebollas. Los coloqué encima de las patatas y me dirigí hasta la caja. Él me siguió sin decir nada.

No podía decir exactamente qué era lo que me había molestado. Por una parte estaba el hecho de que iban a hacer una salida de chicos, y sabía que eso implicaba chicas. Muchas tías bailando delante de ellos, deseando que alguno de ellos se fijara en ellas para pasar un buen rato, porque, ¿a quién quería engañar?: yo sería una de ellas si Garret no me lo pusiera tan difícil.

Miré por encima del hombro a Will, que llevaba el carro de la compra en silencio.

Una mujer con su hijo se quedó mirándolo embobada, inclinada en el estante de los congelados.

Will se percató de que lo miraba y me dirigió una media sonrisa.

Permanecí pensativa mientras los dos colocábamos la comida en la cinta y el cajero pasaba los alimentos. Como siempre, Will cargó todas las bolsas y se negó a que yo pagara. Fuimos hasta el coche y lo colocó todo de la forma más recogida y ordenada posible en el maletero antes de abrirme la puerta.

Musité un «*Gracias*» y me monté.

Ante mi tenso silencio, Will suspiró.

—¿Sigues pensando en Garret?

—La verdad es que no —admití—. ¿Suele ser así?

Él sacudió la cabeza, confundido.

—¿El qué?

—La forma en la que te miran las mujeres.

—¿De qué hablas, Abbey? No te sigo.

Bufé y estiré la mano para encender la radio. Esperaba que de esa forma no se percatara de mi tono nervioso.

—La mujer que iba con su hijo te ha mirado.

—Bueno, ¿tú no miras a la gente con la que te cruzas?

Supe que me tomaba el pelo, así que relajé los hombros y sonreí.

—Sabes a lo que me refiero. Eres guapo, tienes trabajo estable y un sentido del humor deslumbrante.

Will paró en un semáforo en rojo antes de colocarme una mano sobre la frente.

—¿Tienes fiebre?

Se la aparté de un manotazo.

—Sabes que digo la verdad.

—Nunca me habías dedicado más de un halago. ¿Te ha afectado ver a Garret con la pelirroja?

—No, no me ha afectado para nada. De hecho, sigo pensando que será mi futuro marido. Solo necesita tiempo para darse cuenta de ello.

—¿Y a ti?

—¿A mí qué? —pregunté extrañada, sin entender a qué se refería.

—¿Cuánto tiempo te falta para darte cuenta de que Garret no es el indicado para ti?

Decidí guardar silencio y mirar por la ventana. ¿Por qué todos estaban tan empeñados en alejarme de Garret? ¿Por qué no me podían dejar en paz? Entendía que mi madre me diera la lata, pero no comprendía que Will se mostrara tan persistente y opuesto a mi idea de enrollarme con su amigo.

Justo en ese momento, mi móvil vibró. Lo saqué del bolso y vi un mensaje de Ava.

¿Quedamos hoy? ¿Qué te parece en el club a las siete? A esa hora paso a recogerte.

Permanecí varios segundos leyendo el mensaje mientras valoraba mis opciones y lo que me apetecía hacer. Definitivamente, no tenía planes, así que no tardé en escribirle una respuesta afirmativa.

—¿Tienes planes para hoy?

La voz de Will me sacó de mis pensamientos. Alcé la mirada y asentí.

—Sí. Noche de chicas. Con Ava.

—Me gusta Ava. Es una buena persona —resaltó con calidez.

No supe por qué, pero el hecho de que se acordase de mi mejor amiga y la halagase me removi6 algo por dentro. ¿Habría también de mí de esa forma? ¿O quizá se referiría a mí como «la pesada hermana de Stephen que iba detrás de Garret»?

Lo observé durante unos largos segundos.

Conducía con elegancia y rapidez. Hacía suaves movimientos sobre el volante que hicieron volar mi imaginación. Esas manos sobre mis hombros, bajando lentamente por mi espalda hasta la cintura. El vello de mi piel se erizaría mientras prendía fuego a cada poro de mi ser. Luego estaban sus dedos, fuertes y firmes, que me agarrarían...

—¿Abbey?

Sacudí la cabeza y me sonrojé.

—Sí. Es una persona maravillosa.

—Salúdala de mi parte.

Espera, ¿qué...?

Justo cuando iba a preguntarle, Will hizo un gesto con la cabeza hacia enfrente: habíamos llegado a mi casa.

—Vamos; deben de estar esperándonos.

Lo observé en silencio mientras sacaba las bolsas y cerraba el maletero. ¿Habría pasado algo entre Ava y él? Mi amiga nunca me había dicho nada, aunque más de una vez soltaba un comentario cuando lo veía pasar. Yo no le había prestado atención. Will era atractivo, arrastraba miradas allá donde iba.

Sin embargo, en ese momento una alarma resonaba en mi cabeza.

—¿Vienes o te quedas?

Me quité el cinturón y salí del coche lo más airosa posible.

Bajo ningún concepto le dejaría saber que había estado ocupando mis pensamientos los diez últimos minutos.

OceanofPDF.com

6

WILL

Supe que a Abbey no le había hecho gracia que hubiese nombrado a su amiga Ava. La verdad era que no había pasado nada entre nosotros. Por parte de ella había notado interés y atracción. La había visto por última vez en un *pub* cerca del centro, junto a un grupo de compañeras de trabajo. Se había acercado con una sonrisa educada cuando, un par de horas más tarde y tres copas de más, había colocado su mano sobre mi muslo.

Había rozado con las uñas la tela de mi pantalón antes de ascender en un movimiento descarado. Sus ojos azules, de un tono bastante llamativo, no se habían despegado de mi boca, y justo cuando pensaba que se lanzaría a darme un beso, decidí de forma cortés despedirme.

No quería que una aventura de una noche pudiese truncar mis intentos por conquistar a Abbey.

Pero sí que podía ayudarme a hacerle ver que Garret no era ni de lejos su mejor opción.

Habíamos terminado de comer cuando, en un infantil intento por librarse de fregar los platos, Abbey retó a su hermano a piedra, papel o tijera. Tras perder tres veces seguidas, se dirigió con la cabeza gacha hacia la cocina. Sus padres subieron a dormir una siesta mientras que Stephen veía un partido de baloncesto de los Dallas Cowboys. Cuando cerró los ojos y su respiración se volvió pesada, fui a la cocina.

Allí estaba ella, dejando todos los platos limpios y mojados sobre la pila.

Me remangué la camisa hasta los codos y me coloqué a su lado. Cogí un paño de colores y el primer plato.

Abbey me dedicó una sonrisa.

—Gracias.

—De nada. La verdad es que no podía ver el partido mientras tu hermano roncaba.

—Mi hermano no ronca —protestó de buen humor.

—Sí, sí que lo hace. Cuando bebe. Y hoy ha bebido bastante cerveza.

Abbey sacudió la cabeza y me acercó un plato recién lavado. Nuestros dedos hicieron contacto cuando lo alcancé. Sentí una descarga de calor electrizante que se extendía desde mi mano hasta el resto de mi cuerpo. Abbey apretó los dientes y yo fingí que no había sucedido nada.

Ella, que se había quedado quieta, suspiró.

—Entonces... ¿de qué conoces a Ava?

Bingo. La tenía donde quería.

La miré de reojo y vi que sus mejillas comenzaban a volverse rojas.

—¿Para qué lo quieres saber?

—¡Por nada! Es curiosidad —estalló, aunque luego bajó el tono de voz—. Solo quiero saber si tengo que preocuparme de que le rompas el corazón a mi mejor amiga.

Bufé antes de coger otro plato.

—Exagerada.

—¿Entonces? ¿Cuál es la respuesta? ¿Os habéis acostado?

—Joder, no. —Sacudí la cabeza—. No me gustan las rubias —bromeé.

Los ojos de Abbey brillaron.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo te gustan?

—Me gustan las castañas. Como tú. Y si tienen los ojos marrones, mejor.

Abbey sacudió la mano ante mi rostro para mojarme con agua. Sacudí la cabeza y tiré el trapo a la encimera antes de cernirme sobre ella y rodearla con mis brazos. Pegué mis caderas a las suyas y la incliné de forma que

estuviera cerca del grifo. Estiré una de mis manos y le eché agua en el rostro.

—¡Will! —dijo entre risas, sacudiéndose—. ¡Para!

—Ni hablar —solté de buen humor.

Las risas y las bromas desaparecieron cuando el respingón trasero de Abbey dio contra mi polla. No fue una sola vez, ni dos. No. Aquella condenada mujer se estaba frotando contra mí, y yo comenzaba a notar cómo mi pene se hinchaba.

Abbey, en un último intento por escapar de mis brazos, echó la mano hacia atrás.

—¡Will! ¡Para ya o...!

Mierda, acababa de tocarme el paquete. Y sin saber el porqué, mi cuerpo tuvo la inercia de pegarse a la palma de su mano.

Me separé de ella como un resorte en cuanto noté que se tensaba. ¿En qué demonios había estado pensando? Sí, quería que ella se olvidara de Garret y de su estúpida fantasía sobre una vida junto a él, pero definitivamente no lo iba a conseguir si a la primera oportunidad le mostraba lo dura que me la ponía con tan solo estar a su alrededor.

Me aclaré la garganta.

—Ya termino yo de fregar.

Abbey parpadeó un par de veces y se mordió el labio inferior.

—Yo... Puedo...

Joder, que dejara de morderse el labio...

—Termino yo —expresé tajante, y me re coloqué el pene bajo su atenta mirada. Al ver que no se movía y sus ojos no se despegaban de mí, gruñí—. Joder, Abbey. Sal de la cocina.

Abbey asintió varias veces y se marchó, no sin antes murmurar algo por lo bajo y tropezar con sus propios pies.

OceanofPDF.com

ABBEY

Sin darle muchas vueltas a lo que acababa de pasar con Will, me fui enfilada a mi habitación. Una vez allí, cerré la puerta y apreté los dientes hasta casi partírmelos. ¿Qué demonios me estaba pasando? O, mejor dicho, ¿qué le estaba sucediendo a mi cuerpo? Nunca antes había reaccionado de esa forma a él, solo a Garret.

Sí, estaba buenísimo. Y tenía una sonrisa digna de aparecer en las revistas de moda. Pero hasta ahí llegaba todo. Will era el mejor amigo de mi hermano, quizá incluso más que Garret. Yo nunca me había sentido atraída hacia él, por lo que mi cabeza no terminaba de procesar que yo hubiera sentido su pene contra mí.

Dios, y qué pene.

Lo había notado grande, duro y grueso. ¿Se podían notar tantas cosas en unos segundos? Porque habría jurado que yo lo había hecho.

—Deja de pensar en él —murmuré antes de tirarme a la cama con los brazos extendidos.

Sin embargo, y para que me quedase claro lo torpe que podía llegar a ser, uno de mis brazos golpeó la mesita de noche. Un ramalazo de dolor me recorrió todo el cuerpo antes de encogerme y maldecir en voz baja. Mientras me quejaba como una niña a la que le habían negado la invitación a un cumpleaños, escuché el sonido de algo metálico caer al suelo.

Mi curiosidad provocó que me olvidase del dolor y asomara el rostro por el colchón.

Oh, ahí estaba.

Aquel collar que me había regalado Will cuando tenía dieciséis años. Se trataba de un sol plateado unido a una tira de cuero.

Estiré la mano y lo cogí. Luego me giré para estar boca arriba y acariciar los rayos del sol con el pulgar.

Una sonrisa involuntaria surcó mi rostro.

Will siempre había estado ahí para mí. ¿Suspendía un examen? Me compraba un helado. ¿Un chico se metía conmigo por mis granos? Él se encargaba de darle una buena tunda. ¿Las niñas del patio no querían jugar conmigo? Will hablaba con ellas. Me resultaba curioso, y hasta cierto punto fascinante, lo presente que había estado en mi vida.

Incluso más que mi hermano.

Garret... Bueno, Garret no. Él pasaba más tiempo hablando de faldas y universitarias *sexys*. No tenía tiempo ni de mirarme dos veces. A veces, cuando el amor ciego que sentía por él bajaba las defensas, me cuestionaba que me hubiese fijado en alguien tan superficial y que me prestaba tan poco caso. Luego se me pasaba y volvía a mi mundo de fantasía donde acallaba aquella voz que me suplicaba que tuviera algo más de amor propio.

Acaricié una última vez el sol antes de dejarlo sobre la mesa. Alcancé el móvil, que estaba al lado de la lámpara, y miré los mensajes.

Tenía uno de Ava, aunque solo me había mandado una foto de lo que almorzaría y los tacones que se pondría.

Joder, si no hubiera sido tan alta y torpe, yo también me habría puesto unos buenos tacones. De esos que te suben el culo y te estilizan las piernas.

Contuve un suspiro y me metí en Instagram. Sin casi pensarlo, estaba en el perfil de Garret, viendo sus fotos. Pff, sin camiseta, en el gimnasio, con una tabla de *surf*, foto en blanco y negro donde sus ojos penetrantes te prometían una noche loca... y fotos en discotecas. En una de sus publicitaciones vi a mi hermano y a Will. Estaban los tres juntos, sonrientes, como mejores amigos que eran.

Mis dedos tocaron el rostro de Will y salió su etiqueta.

Sin pensármelo dos veces, entré en su perfil. A diferencia de Garret, sus fotos eran diferentes: paisajes, familiares, comidas... Era como ver un poco de su vida y de todo aquello que le apasionaba. Seguí bajando para ver las fotos más antiguas, hasta que una de ellas captó mi atención: salía yo. Debía de tener unos diez años y abrazaba a Will con fuerza. Él tenía una de sus manos sobre mi cabeza y sonreía con picardía.

No pude evitar sentir cierta alegría mezclada con nostalgia.

Acaricié el rostro de Will con el pulgar y pensé en lo mucho que había cambiado. Sus rasgos se habían tornado masculinos y serios, cargados de una sensualidad que rara vez se veía en los hombres. Ni siquiera Garret tenía ese aire arrebatador que lo seguía como una segunda sombra. Pasé el dedo por sus pómulos, que ya eran más marcados y...

Mierda.

Mierda, mierda... Acababa de darle *like* a la foto.

Sentí cómo mis mejillas se calentaban y bloqueé el teléfono, como si de esa forma pudiese detener el tiempo y evitar que Will se enterase de que lo había estado espiando a través de su red social. Me mordí el labio inferior con fuerza y di un respingo cuando mi móvil vibró.

Cerré los ojos y conté hasta tres antes de desbloquear el móvil.

Mi corazón dio un vuelco.

Un mensaje de Will.

Joder. Maldita sea... Ya me lo estaba imaginando, con esa sonrisa socarrona que me dirigiría antes de decir «*Me has estado espiando y lo sabes*».

Aguanté la respiración y lo leí.

*Deja de mirar mis fotos, pequeña pervertida.
¿Te estás tocando mientras las ves? Al menos
que sea una de cuando no era un
adolescente. Si necesitas una más
actualizada..., sigo en la cocina.*

Genial. Habría jurado que pude oír su risa en el interior de mi cabeza.

OceanofPDF.com

8

WILL

¿Que había disfrutado como un niño cuando Abbey le había dado *like* a una de mis fotos? Sí. ¿Que había disfrutado aún más cuando, un par de horas más tarde, al irme de su casa, me había fulminado con la mirada? También. Había captado el movimiento de sus ojos, desde mi rostro hasta mi entrepierna.

Abbey me deseaba. Estaba seguro de ello. Algo dentro de ella se prendía cada vez que me veía. Solo necesitaba que dejara a un lado sus tonterías con Garret y se diera cuenta de que la amaba. Estaba enamorado de ella desde que había cumplido los diecisiete años. Recordaba verla salir del instituto cada vez que Stephen y yo íbamos a recogerla, con la mochila colgada de un asa y aquellas Converse rosas que tan bien le sentaban.

Me gustaba cómo se preocupaba por todos y preguntaba por cómo había ido nuestro día, o cómo se llevaba un mechón de su pelo detrás de la oreja y sonreía con cierta timidez. Su risa, que pocas veces se escuchaba, era una melodía dulce y relajante. Nada exagerada ni fingida como muchas otras adolescentes.

No. Abbey era diferente. Por dentro y por fuera.

Sobre las ocho de la tarde nos fuimos al *pub* Stephen y yo. Allí nos esperaba Garret, con la bebida preparada y algo enfadado por no haberlo avisado de que llegaríamos más tarde. Él se había quedado dormido, y yo

había estado muy cómodo sabiendo que Abbey descansaba en la planta de arriba.

—Eh, ¿estás aquí o en tus paranoias mentales? —quiso saber Garret, que pegó un buen trago a su cerveza antes de soltarme una palmada en la espalda.

Sacudí la cabeza.

—Pensaba en el trabajo.

—Ya, seguro. Y en tu rubia secretaria con tetas enormes —soltó Garret, que daba un buen repaso a todas las mujeres del club con la mirada, quizá en busca de su próximo rollo de la noche.

—Te olvidas de que mi secretario es un hombre. Y está casado.

—¿Ves? Por eso eres raro de cojones. ¿Quién querría un hombre cuando puedes tener una rubia para alegrarte las mañanas?

—Al contrario que tú, yo no mezclo negocios y sexo. —Mi voz sonó bromista, pero se palpaba un deje despectivo que no pude evitar sacar.

Stephen se percató, ya que alzó una ceja en mi dirección. Sin embargo, permaneció en silencio.

—Lo que tú digas, tío. —Garret me rodeó los hombros con un brazo—. ¿Otra ronda? A esta invito yo.

Tanto Stephen como yo asentimos, y lo vimos alejarse en dirección a la barra.

Cuando nos quedamos solos, noté que me daban un suave puñetazo en el hombro.

—Eh, ¿qué demonios te pasa a ti?

—¿A mí? —pregunté antes de encogerme de hombros. Eché un vistazo al club. Estaba hasta arriba de gente—. Nada.

—Y una mierda. La relación entre Garret y tú está rara, y no es precisamente porque él haya hecho algo malo.

Me tensé de forma repentina al percatarme de que aquello era cierto. Me frustraba como un adolescente cada vez que la imagen de Abbey y su estúpido enamoramiento con Garret se me venía a la cabeza.

Tenía que recordarme que, por mucho que yo llevara años enamorado de la hermana pequeña de mi mejor amigo, eso no significaba que fuera correspondido. Sí, quizá luchaba por crearme un hueco en sus pensamientos

e inducirlo a ver que disponía de más posibilidades que el *fuckboy* de Garret.

—Es el estrés —terminé por decir. Me esforcé al máximo por ocultar lo poco convincente que sonaba mi respuesta.

—Si eso es verdad, haz el favor de calmarte. En caso de que fuese otro motivo... —Stephen movió la cabeza, indicándome que Garret se acercaba—. Solúcionalo. Garret te quiere. Eres como un hermano para él.

Asentí a sabiendas de que llevaba razón, y cogí aire un par de veces para relajarme. Garret no tenía culpa de que Abbey se hubiera enamorado de él. De hecho, la ignoraba por completo. Para él no existía. A veces se olvidaba de saludarla cuando llegaba a la casa de los Winters.

Garret nos pasó un botellín a cada uno y luego los chocó para brindar.

—Por nosotros.

Le di una palmada.

—Por nosotros.

Él me dedicó una sonrisa y señaló hacia la barra.

—¿Ves a esa belleza de ahí? La morena. —Volví a asentir al percatarme de que una mujer de pelo negro y ojos verdes me miraba fijamente—. Pensaba acercarme a ella e invitarla a una copa cuando me ha soltado que le gustas tú. Cabrón suertudo...

Alcé una ceja en dirección a Stephen, que bebía para ocultar una sonrisa.

—Creo que pa...

Justo cuando iba a decir la palabra «*paso*», vi que dos chicas entraban en el club. Una de ellas rubia y otra castaña. No necesité mucho tiempo para saber que se trataba de Abbey. Era alta de por sí, por lo que con los tacones destacaba aún más. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo que exponía su largo y elegante cuello.

Joder, me moría de ganas por lamer esa delicada zona.

Abbey, que miraba a todas partes, quizá en busca de Garret, dio un pequeño traspié cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Me acercaré —solté sin dejar de observar a Abbey.

—Genial, tío. Ve y pregúntale si tiene una amiga para mí.

Las palabras de Garret fueron tragadas por el ruido del local. Mi determinación se fue al traste cuando, en el camino a la barra, perdí de vista a Abbey. Apoyé el codo en la barra al llegar y le di un trago a mi cerveza. Joder, si no hubiera sido porque aquel lugar estaba atestado, habría jurado que la hermana de Stephen huía de mí.

Quizá tenía que cambiar de táctica. Para Abbey no era más que el amigo de su hermano, el que siempre estaba allí, dispuesto a salvarla y a recomponer sus pedazos.

Era un puerto seguro en el que descansar cuando Garret hacía una mueca más en su corazón.

Una mano elegante y delgada se posó sobre mi antebrazo. Al alzar la vista, vi que se trataba de la atractiva mujer de la que Garret me había hablado antes.

—¿Puedo sentarme?

Sus ojos verdes brillaban, y destacaban aún más con el maquillaje que llevaba.

Esbocé esa sensual sonrisa que tantos buenos resultados me había dado con las mujeres y asentí.

—Por supuesto.

—Soy Sabrina —dijo con voz pausada y dulce. Sus carnosos labios escondían una hilera de dientes blancos y perfectos.

—Will.

Sabrina se estiró para darme un beso en la mejilla, bastante cerca de la comisura de los labios. Me gustó su atrevimiento, la forma en la que apretaba sus pechos contra mi brazo..., pero eso era todo. No despertaba deseo en mí, ni la más mínima necesidad de explorar sus labios.

Alcé la mirada y capté los ojos de Abbey.

Brillaban, furiosos y confusos.

Que empiece el espectáculo.

OceanofPDF.com

9

ABBEY

Algo dentro de mí estalló cuando vi que Will se divertía con una mujer. Estaban en la pista, hablando animadamente. No entendía por qué me afectaba ni por qué sentía que mi corazón iba a explotar de rabia, pero era lo que estaba pasando. Me dio igual que Garret hubiese abandonado a mi hermano en una esquina para irse con una chica de pelo rosa. De hecho, ni siquiera le dediqué más de dos segundos de mi atención.

Lo que sí que captó mi atención fue Will.

¿Por qué demonios esa mujer había colocado una mano en el muslo de él?

Comenzaba a verlo todo rojo.

—Eh, ¿estás bien? ¡Abbey!

Sacudí la cabeza y me alejé un paso de Ava, que pasaba una mano ante mi rostro una y otra vez.

—Sí. No es nada.

—Ya... ¿Tiene algo que ver que Garret se dirija hacia los baños con una chica de pelo rosa?

¿Garret se iba al servicio con...? Aquel hombre no tenía solución. Conseguí encontrarlo a duras penas antes de abrir la puerta y hacerle un gesto a la mujer, que entró tras soltar una risita tonta.

Suspiré y volví a dirigir mi atención a la barra.

Espera.

Will había desaparecido.

Comencé a buscarlo con cierta ansiedad. ¿Habría hecho lo mismo que Garret? No, no era posible. Will no era de los que se acostaba con una mujer en unos baños sucios y malolientes. No. Él era más elegante y cuidadoso. Seguramente la habría llevado a algún restaurante caro para tener más intimidad y conocerla. Hablarían sobre sus trabajos, lo que hacían los fines de semana... Ella caería rendida a sus pies y luego le propondría ir a su casa.

Tendrían una noche de pasión y luego se despedirían.

Sí, Will era diferente. No se tomaba las cosas a la ligera. Era el típico hombre que le presentarías a tu madre con los ojos cerrados. Sería el yerno perfecto: guapo, elegante, educado y con pasta.

Confundida por el cúmulo de sentimientos que se apoderaban de mí, me mordí el interior de la mejilla.

—Necesito ir al baño —dije con voz temblorosa.

—¿Ahora? Pero ¿te encuentras bien? ¿Quieres que nos vayamos?

—No te preocupes. Dame cinco minutos y vuelvo.

Ava asintió y me observó con evidente preocupación.

Pobre... Si hubiese sabido que la razón de mi nerviosismo poco tenía que ver con Garret...

Fui hacia la barra con rapidez, esquivando cuerpos y manos. Mis pies daban unas pisadas seguras y firmes que poco tenían que ver con mi estado emocional. La música martilleaba mis oídos y apenas me permitía oír mis propias reflexiones. Sin embargo, había un pensamiento que se abría paso a través del ruido.

Will.

¿Qué había cambiado? ¿Por qué me importaba que se hubiese ido con otra? A mí me gustaba Garret, estaba enamorada de sus ojos azules y su pelo rubio, de su humor infantil y de la idea de que fuera el futuro padre de mis hijos.

Pero me ardía como una puñalada en el pecho que Will se hubiese ido con otra.

Me paseé por la barra hasta que comprobé que no estaban allí.

Me acerqué al camarero.

—Perdona, ¿has visto a un hombre alto de pelo negro y a una mujer? Estaban tomándose algo aquí, hace apenas unos minutos.

El camarero alzó una ceja, quizá preguntándose cómo demonios me iba a ayudar con tan escasa descripción.

—No, no he visto nada. Lo siento.

—Gracias —musité.

Fui a darme la vuelta para dirigirme hacia donde me esperaba Ava cuando los vi.

Ahí estaban. Bailando, muy cerca mientras la música los envolvía. Ella tenía el trasero pegado a su entrepierna y bajaba con una sensualidad innata. Sensualidad que escaseaba en mí y que nunca tendría debido a la longitud de mis piernas. De pequeña tropezaba una y otra vez, arrancando carcajadas de mis compañeros. Sus insultos y palabras hirientes paraban cuando Will aparecía. Si Stephen no estaba, él se aseguraba de que todos me dejaran en paz. Luego me acompañaba a casa. Escuchaba cómo había ido mi día y luego me distraía con alguna anécdota suya.

Will siempre había estado para mí.

Sin saber qué hacer, me quedé mirándolos. Un amargo sabor de boca inundó mi lengua, y quise vomitar.

Confundida por los pensamientos que tenía sobre Will y sobre mis sentimientos hacia Garret, me di la vuelta y fui hacia Ava.

Mi amiga hablaba con mi hermano.

Fruncí el ceño y me fijé en la comunicación no verbal de mi amiga: leve sonrojo de mejillas, ojos brillantes, se enroscaba un mechón de pelo en el dedo y se mordía el labio inferior... Se movía sobre sus talones con vacilación, como si deseara hacer algo pero se contuviese.

Algo dentro de mí cabeza hizo clic al darme cuenta de que Ava se sentía atraída hacia Stephen.

Mi hermano, al verme, alzó una mano.

—Eh, ¿todo bien?

Ava, que hizo el mayor de los esfuerzos por ocultar su decepción, esbozó una sonrisa. Quería estar a solas con él.

—Sí. Todo bien —me obligué a decir—. Me ha entrado hambre. Voy a salir a comer algo y vuelvo más tarde.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Ava, que dio un paso hacia mí.

—No, no. No hace falta —respondí, y le guiñé un ojo—. Nos vemos en un rato.

—Lláname si necesitas algo —dijo mi hermano.

Asentí vagamente antes de encaminarme hacia la salida. En mi trayecto, vi a Garret, que salía del baño con el pelo revuelto y unas marcas rojas. La chica estaba justo detrás y se recolocaba la falta plateada que llevaba.

Contuve un suspiro y seguí con mi camino. Por algún motivo que desconocía, verlo con esa desconocida no me dolió tanto. Él ni siquiera se había fijado en mí al pasar por su lado. Porque le daba igual. Era un amor no correspondido. Garret apenas recordaría mi nombre si no fuese porque Stephen era mi hermano mayor. Para él nunca había existido la posibilidad de estar juntos.

Mis intentos por hacerme un hueco en la vida de mi amor platónico me parecieron infantiles y vergonzantes.

El aire frío de la noche golpeó mi rostro. Miré a un lado y a otro y decidí que iría a un *food truck* que había a un par de kilómetros de donde me encontraba.

Me rodeé el cuerpo con los brazos y contemplé lo bonita que se veía la luna aquella noche. Había bastante gente en la calle. Filas y filas de jóvenes esperaban a que les permitieran entrar en los clubes. Un recuerdo cruzó mi mente: la noche que cumplí dieciocho años y Will me llevó al Morgan's. A mi hermano no le había hecho mucha gracia, pero yo había insistido hasta la saciedad con tal de ver a Garret.

Al final pasé la noche bailando con Will, riéndonos a carcajadas cada vez que lo pisaba. Él bromeaba con dejarme calva si volvía a aplastarle el dedo meñique. También jugamos a los dardos. No gané ni una sola vez, pero consiguió que me olvidase de Garret y disfrutara de mi cumpleaños.

Mi estómago gruñó cuando, una vez cerca del *food truck*, me llegó el olor a comida: carne, pan, tomate fresco, mantequilla...

Sin pensármelo dos veces, me dije que me sentaría en uno de los bancos para tener una pequeña vista del lago St. Mary's. Quizá de esa forma ordenara mis ideas y dejara de ver a Will como algo más que ese amigo

protector y atractivo que caminaba a mi lado y me tendía la mano cuando lo necesitaba.

OceanofPDF.com

10

WILL

Mis planes se desmoronaron como un castillo de arena al ver que Abbey se marchaba. Sola. Sin Ava.

Iba a ir tras de ella cuando la desconocida, cuyo nombre no recordaba, deslizó su mano de mi torso hasta cerca de mi entrepierna. Me sobresalté y me alejé de ella.

—Tengo que irme.

—Oh, vamos. Quédate un poco más... —dijo en voz alta para sonar por encima de la música—. Vivo a una manzana de aquí...

Con un suspiro, no pude menos que reprocharme el haberla utilizado para llamar la atención de Abbey. De hecho, dudaba que hubiese surtido efecto. Seguramente se habría ido tras ver a Garret entrar en el baño junto a otra mujer.

—Lo siento, pero tengo prisa. —Di un paso hacia atrás y esboqué una educada sonrisa—. Dile a ese hombre que te pida una copa. Corre por cuenta mía. —Le señalé a Garret, que bebía un sorbo de una cerveza nueva.

La chica suspiró y asintió.

—De acuerdo. Otra vez será.

No perdí ni un solo segundo más. Me marché de allí como alma que lleva el diablo. En la puerta, pensé dónde podría haber ido. Apostaba mi sueldo que Ava había sido la que había conducido hasta allí, por lo que

Abbey se habría marchado a su casa o a un sitio más tranquilo donde desconectar.

Hurgué en los bolsillos de mi pantalón hasta encontrar las llaves del coche. Estaba seguro de que Abbey habría ido a su casa.

Me dirigí hacia donde había dejado el coche cuando una mano me paró en seco. Al girarme, vi a Ava. Sus ojos brillaban con complicidad, e hice el mayor de los esfuerzos por no sonrojarme ante la cantidad de cosas que expresaban.

—Abbey se ha ido a comer algo.

Tragué saliva y puse cara de póquer.

—¿Por qué me dices eso?

—Oh, venga ya. —Ava me golpeó el hombro con cariño—. Estuve detrás de ti cuando tenía dieciséis. Y créeme, te observaba en todo momento. Lo suficiente como para saber que estabas enamorado de Abbey. —Hizo una pausa antes de continuar—. Y lo sigues estando.

Me quedé callado, sin querer negar ni confirmar nada.

—Vamos, ve tras ella —me animó—. Se ha marchado algo afectada. Y dudo que fuera por Garret. Apenas lo ha mirado en toda la noche.

Algo dentro de mí se prendió.

Asentí y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Gracias. Te debo una.

Ava esbozó una tierna sonrisa antes de despedirse y darse la vuelta para entrar en el local. Allí la esperaba Stephen, que alzaba una ceja en mi dirección. Mis pies se volvieron repentinamente de plomo y un sudor frío me recorrió la nuca. Nunca me había parado a pensar cómo le podría sentar a Stephen que yo fuera detrás de su hermana. Abbey no había mostrado el menor interés en mí, por lo que solo me había dedicado a permanecer a su lado, viendo cómo otros hombres se acercaban y tomaban el lugar que me correspondía.

Hice un rápido recordatorio de los lugares que más le gustaban a Abbey y fui hacia el coche.

Esperaba que Ava tuviera razón y Abbey no se hubiera ido disgustada por Garret.

ABBEY

Sentada en un banco, devoré los tacos que me había pedido en el *food truck*. El olor de las especias y la carne consiguieron aliviar el dolor que me había provocado ver a Will bailar con esa mujer. Era curioso cómo, a pesar de haberlo tenido a mi lado desde el primer momento, apenas había reparado en él. Lo había dado por hecho, como si no fuera más que una nube que me seguía a todos lados.

Y no había sido hasta que, en esa «clase» exprés impartida por Garret, me había fijado en él de otra forma. Recordé cómo corrió hacia mí para levantarme mientras fulminaba a mi pareja del ejercicio con la mirada. Había visto preocupación y cariño en sus brillantes ojos oscuros, pero mi obsesión por Garret y mis ganas de conseguirlo me habían cegado. Lo habían anhelado como si de un premio se tratara. Había ignorado sus desplantes y su poco interés en mí.

No es que nunca hubiese sido consciente de lo bueno que estaba Will.

Ni mucho menos.

Pero mi amor enfermizo por Garret me había impedido ver más allá.

Con un suspiro, me terminé la comida y tiré a la papelera más cercana el envoltorio.

Vale, ¿y ahora qué? No pude por menos que encogerme de hombros ante tal pensamiento.

Volví a sentarme en el banco y cogí aire. Lo expulsé con lentitud y sentí que mis músculos se relajaban.

—No entiendo qué me está pasando...

—Yo diría que tienes la barriga llena y que ahora te va a entrar sueño.

Di un respingo cuando una voz masculina me sorprendió. Era grave, ronca y aterciopelada.

Se trataba de Will.

Mi corazón comenzó a latir con alegría.

Sus ojos oscuros miraban hacia delante, y vi que tenía una cerveza en una de sus manos.

¿Qué hacía allí? ¿Cómo sabía que me encontraba en la zona de los *food truck*? Tenía tantas preguntas en la cabeza que temía que me explotara.

—¿Qué haces aquí, Will?

—¿Acaso no es obvio? —preguntó en voz baja, sin mirarme.

Oh, claro. Lo es. Viene a hacer de niñera.

Decepcionada, desvié la vista hasta el bosque que se extendía justo enfrente. ¿Qué me esperaba? ¿Que había venido para decirme que él también estaba confundido, que sentía algo pero que no sabía qué? Desde luego, tenía muy mal gusto a la hora de fijarme en los hombres.

—Vienes para asegurarte de que estoy bien —musité. Luego me aclaré la garganta y esboqué una sonrisa—. No te preocupes. No tiene nada que ver con Garret.

—¿No?

—No. Para nada. Solo necesitaba desconectar.

—Me podrías haber avisado —dijo él, que suspiró y apoyó los codos en sus rodillas.

—¿Habrías venido?

—Por supuesto —respondió con rapidez.

—¿Habrías dejado escapar a esa atractiva desconocida con la que estabas?

Mucho me tenía que querer para posponer la diversión solo por mí.

—Es lo que he hecho. Estoy aquí.

Sus ojos se clavaron en mí, y no pude menos que sonrojarme. Vi en ellos algo más profundo, maduro y cálido. No era el cariño fraternal que

acostumbraba a reflejar. Y, por algún motivo, me ponía muchísimo. Pensar en la remota posibilidad de que un hombre como Will se fijase en mí me volvía loca.

Me humedecí los labios.

—¿Le has dado tu número de teléfono?

—No. —Fue su escueta respuesta.

—Oh, vaya.

—¿Querías que se lo hubiese dado?

—No —dije contundente—. Definitivamente no.

El rostro de Will se fue relajando hasta que una sonrisa sexy y asquerosamente preciosa adornó su rostro.

Joder, odiaba que fuera tan guapo. No era justo.

—Bien. Si hubieses respondido otra cosa, me habrías decepcionado.

Permanecí callada, pues temía estropear el momento. ¿Que Will comenzaba a parecerme un tío con el que podría salir? Sí. ¿Que podría olvidarme de Garret y sustituirlo para utilizarlo en mis más oscuras fantasías? También. Pero no había parado de pensar en Garret por completo. No del todo.

Cansada, me quité el moño. Sentí un alivio repentino cuando los mechones dejaron de estar tirantes.

—Estoy... confundida —dije con miedo—. No sé si hay algún motivo detrás por el que estés aquí.

Will acortó un par de centímetros la distancia que nos separaba. Sus labios atrajeron mi atención, y me los imaginé sobre los míos. Cómo serían, a qué sabrían y si crearían en mí la necesidad de volver a probarlos.

Llevó una de sus manos hasta mi rostro y lo acunó. Pasó el pulgar por mi labio inferior, presionando con suavidad. Cuando desplazó la mano hasta mi cuello y me llevó hacia él, y algo caliente y húmedo se desató dentro de mí. Mi corazón empezó a latir desbocado y mi respiración se volvió irregular.

Quería que me besara.

Me moría de ganas.

—Si estás confundida, déjame que te aclare las ideas.

El primer contacto de nuestras bocas me arrancó un gemido. Me olvidé de dónde estaba, del lío que tenía montado en la cabeza y de la imagen de Will bailando con la desconocida.

Solo podía pensar en él.

Y en las emociones que me embriagaban.

Cuando su lengua me rozó, abrí los labios para profundizar el beso. Nuestras lenguas se acariciaron en un beso ardiente que me erizó el vello de la nuca. Llevé mis manos hasta su nuca y enredé los dedos en los cortos mechones de su pelo. Su olor, masculino y fresco, me rodeó en un abrazo.

Joder. Aquello sí que era un beso.

En mi vida me había sentido de esa forma. Tenía los pezones duros contra el sujetador y ansiaba frotarme contra él. Me pregunté si estaría duro, si a él también le afectaba tanto como a mí.

El beso cambió de tierno a dominante en apenas unos segundos. Me mordió el labio inferior y luego lo alivió con una suave lamida. Sus manos no bajaron por mi cuerpo; de hecho, fue en todo lo que estaba pensando mientras me perdía en él. Quería que me tocara, que me arrancara la ropa y me diera más.

Sin embargo, fiel a sus principios se separó de mí.

Yo gemí en protesta.

—Espero que esto te lo haya aclarado un poco —susurró.

Y se fue.

Pasó una semana y no supe nada de Will. Para sorpresa de todos nosotros, se había tenido que marchar a Nueva York a atender un caso de extrema importancia. Quise creerlo, y tanto era así que me lo repetí varias veces, pero no pude evitar pensar que su ausencia estaba relacionada con el beso que nos habíamos dado.

¿Se arrepentía? ¿No sabía cómo afrontar la situación?

Veía probable la primera opción, pero no la segunda. Él no era así.

Sin embargo, hasta ahí no acababa mi tormento.

Luego estaba su beso.

Oh, joder...

Recordarlo hacía que se me pusiera el vello de punta.

Me había besado con suficientes hombres como para poder distinguir un buen beso. Y el de Will era el mejor, de lejos. De hecho, desde que habíamos estado solos aquella noche, no podía dejar de pensar en él. A mi cabeza venían todos esos recuerdos que habíamos compartido juntos, y me arrancaba una sonrisa que terminaba por humedecerme los ojos.

Estoy jodida, pensé.

Ansiaba con toda mi alma volver a verlo, sentir sus oscuros ojos sobre mí. Quería oír su voz, su risa, ver la sonrisa pícara que surcaba su atractivo rostro cada vez que yo decía una chorrada.

¿Tenía algo de sentido todo esto?

Mi madre, que miraba ropa en una aplicación *online*, puso el móvil a un lado y me rodeó con sus brazos.

—¿Va todo bien?

Me sonrojé inevitablemente y asentí.

—Por supuesto.

—Te veo... triste —terminó por decir.

—¿Triste? No, no, para nada. —Me aclaré la garganta y me esforcé por aparentar que la ausencia de Will no me había afectado—. Estoy cansada. Eso es todo.

Mi madre alzó una ceja.

—No tendrá nada que ver con la marcha de Will, ¿verdad?

Cada músculo de mi cuerpo se tensó como las cuerdas de un violín. Incluso di un pequeño respingo.

—¡No! Para nada —dije con demasiado ímpetu.

—Desde que tuvo que marcharse a Nueva York, has estado más apagada. ¿Pasó algo la noche antes de su partida?

—Mamá, ¿por qué me estás preguntando sobre esto? —estallé, enfadada por expresar en voz alta mis pensamientos.

—Porque creo que te hace falta un pequeño empujón. Siempre has estado enamorada de Garret... —Suspiró con cierto hastío—. Y, que tu hermano me perdone, será un excelente amigo, pero dudo que llegue a mucho más. Es como un niño en el cuerpo de un adulto. No sé qué le ves.

—Es guapo.

Ella bufó y se apartó un poco de mí para apoyarse en el fregadero.

—Will le da mil vueltas. Lo que os pasa a las mujeres de vuestra edad es que os atrae más un hombre inestable emocionalmente que uno con las ideas claras.

—¡Eso no es verdad! —protesté.

—Claro que sí. Y en verdad os entiendo: no estáis preparadas para asumir las consecuencias de estar con un hombre como Will: sabe lo que quiere, a dónde va. Y eso os asusta.

—¿Por qué me iba a asustar? —pregunté con voz baja, más para mí que para ella.

—No lo sé. No me malinterpretes: Garret es muy guapo, pero hasta ahí llega todo. Es como un cascarón vacío. ¿Se ha preocupado alguna vez de ti? Me mordí la lengua y negué con la cabeza.

—No.

—¿Te ha felicitado en algún cumpleaños?

Repetí el mismo gesto, para mi propia vergüenza.

—¿Ha reparado en ti cuando ha venido a comer a casa?

—Para ya —le pedí, consciente de que todo lo que decía era cierto.

—Pues ahí tienes la respuesta: quizá tú también seas más inmadura y por eso temes relacionarte con Will.

Sacudí la cabeza.

Espera, ¿acaba de insinuar...?

Miré a mi madre con asombro.

—¿Qué estás diciendo?

—Pues que Will siempre ha estado enamorado de ti. Solo que tú no lo has querido ver. Te amo, cariño. Lo sabes. Eres lo más importante de mi vida, junto con tu hermano —dijo con ternura. Me agarró de los hombros con suavidad—. Pero permite que Will continúe con su vida. No puede estar esperándote siempre. No es justo. Ni para él ni para ti.

Mi madre se marchó de la cocina con paso decidido, y tras salir se quedó una tormenta de emociones que a duras penas me dejaba respirar.

¿Will estaba enamorado de mí?

La preguntaba daba vueltas en mi cabeza como un tiovivo. Solo pensar en esa posibilidad me arrancaba una sonrisa tonta.

Me acerqué a la mesa del comedor y ocupé una de las sillas. Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y miré el Instagram de Will. No había subido ni una sola historia. Tampoco ninguna publicación.

Arrastré el dedo para ver todas sus fotos cuando recibí una notificación de que Garret había subido una foto nueva.

Avergonzada, recordé el día que había activado las notificaciones para ver todo lo que Garret subía. Me había comportado como una adolescente, dándole mi tiempo y mi interés a una persona que a duras penas recordaba que existía, si no fuera por mi hermano Stephen.

¿Qué estará haciendo Will?

Una idea alocada cruzó mi mente.

Solo necesité dos minutos para incorporarme y echar a correr a mi habitación.

OceanofPDF.com

12

WILL

—Gracias por todo, Will. Te agradezco de verdad que hayas venido desde Montana para echarme una mano —dijo Raquel, que me dio un abrazo con fuerza.

Sorprendido por la muestra de afecto, le froté la espalda con rapidez.

—No ha sido nada.

—Lamento haberte avisado con tan poco tiempo, pero tomé la decisión de la noche a la mañana.

—Ya sabes que es mi trabajo. Siempre que necesites algo, ahí estaré yo.

Raquel era una clienta mexicana que acababa de iniciar los trámites de divorcio. Se llevaba unos veinte años con su marido, y aunque en varias ocasiones se había echado para atrás cada vez que venía a mi despacho, aquella vez algo parecía haberla empujado. Supuse que podía haber sido su hijo, Henry, o quizá se había dado cuenta de que estar con una persona que te ignoraba y pasaba varias semanas fuera de casa trabajando no era la vida que uno quería.

Habría mentido si hubiera dicho que no me había costado marcharme de Montana.

Pero, a la vez, había sentido que era la única opción que me quedaba.

Había besado a Abbey. Maldita fuera, ni en mis más oscuras fantasías me había sentido tan bien.

Había guardado la esperanza de que ella dijera algo. De que se tirara a mis brazos y se olvidara de Garret de una puñetera vez. Desgraciadamente, eso no había pasado, por lo que, cuando recibí una llamada de mi secretario sobre el caso de Raquel, vi la oportunidad perfecta de poner distancia entre nosotros.

Me separé de mi clienta y contemplé sus ojos negros.

—Llámame para cualquier cosa que necesites, ¿de acuerdo? Te mantendré informado.

—Gracias.

—Todo irá bien —dije con una sonrisa que supe que la ayudaría a calmarse.

Fui hasta el aparcamiento donde tenía mi coche. Me subí y conduje hasta casa. Puse la primera emisora de radio que había y subí el volumen. Todo con tal de no dar cabida a los pensamientos que tenía de Abbey ni a lo mucho que la echaba de menos.

Joder, habría dado todo lo que tenía con tan solo volver a besarla.

Al llegar, entré en la casa en la que vivía y que, según mis padres, era poco glamurosa para un abogado que trabajaba en el centro de la ciudad de Nueva York. Había recibido importantes ofertas de grupos de abogados para trabajar en su bufete, pero mi sueño siempre había sido ir por libre, aceptar los casos que me llenaban y no sentir presión en ningún momento.

Para mí, mi hogar transmitía tranquilidad. Era el sitio perfecto para desconectar de todo.

O casi todo.

Fue directo a la ducha. Me desnudé y me metí bajo el foco de agua.

Me aclaraba el champú del pelo cuando el timbre sonó.

Extrañado, cerré el grifo y cogí una toalla para enredármela a la altura de las caderas. Fui dejando huellas húmedas en el suelo de mármol a medida que me acercaba a la puerta.

El timbre volvió a sonar.

Joder, qué impaciente, pensé de mal humor. Lo que menos me apetecía era tener que atender a nadie fuera de mi horario de trabajo. Más de una vez, algún cliente había venido a mi casa para hablar, cosa a lo que yo me negaba tajantemente.

Esperaba que aquello no fuera por eso mismo.

Abrí la puerta justo cuando llamaban una tercera vez.

—¿Qué demonios...?

Me quedé a la mitad de la frase al ver a Abbey en la puerta, con una maleta pequeña en su mano izquierda. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones vaqueros que le sentaban de maravilla.

Estaba preciosa.

Sus ojos, pardos, brillaban. Habría jurado que estaba nerviosa, ya que se mordía el labio inferior.

Verla provocó que una oleada de felicidad me recorriera de arriba abajo.

—¿Abbey? ¿Qué haces aquí?

Ella me empujó para que entrara en mi casa. Cerró la puerta tras de sí y, tras dejar la maleta a un lado, me cogió el rostro con las manos.

Me besó con ansias, con las ganas propias de una persona que se había estado conteniendo durante mucho tiempo, y yo no pude menos que gemir y rodearla con mis brazos. La toalla que me tapaba cayó al suelo, y nada pudo ocultar que mi pene se endurecía a cada segundo que pasaba.

Los labios de Abbey se volvieron fieros, mordió y lamió los míos antes de quitarse la camisa blanca y tirarla al suelo.

—Te amo, Will —dijo mirándome fijamente.

Quise responderle lo mismo, olvidarme de todo y lanzarme hacia ella. Sin embargo, algo me paraba los pies. Justo cuando iba a preguntarle qué había cambiado, ella continuó:

—Cuando me besaste, todo cambió. Quise más, muchísimo más. No pude dormir nada esa noche. Recordé todo lo que habíamos vivido juntos. De hecho, cada vez que recordaba todos mis malos momentos en el colegio, el único que siempre estuvo a mi lado fuiste tú. —Abbey me agarró de las manos y se las llevó a los labios para besarlas—. Dios, te adoro tanto que me siento como una necia cada vez que pienso en todo el tiempo que he malgastado detrás de Garret. Notaba que entre nosotros había algo. Fue el día en el que me ayudaste cuando me lanzaron por los aires... o cuando me pediste que te diera las gracias a cambio de mi mochila. —Abbey suspiró—. He tenido muchas señales de que eras tú con quien debía estar, con quien yo quería estar, pero las ignoré todas. Viví la fantasía de una niña que

va detrás de alguien que la ignora cuando mi verdadero tesoro eras y sigues siendo tú.

Las palabras de Abbey fueron como un bálsamo para mí. Había necesitado durante tanto tiempo oírlas... Que se hiciera real y ella sintiera lo mismo me provocaba una inmensa felicidad.

La rodeé con los brazos y enterré el rostro en el hueco entre su cuello y su hombro.

—Maldita sea, Abbey. He deseado tanto que dijeras esto...

—Te amo —susurró con voz temblorosa—. Temía haber llegado tarde.

—Nunca es tarde si se trata de ti.

—Pensaba que te habías marchado por mí.

—Y así fue —admití, acercando mi nariz a su pelo para olerlo: fresas. Olía a fresas. Un ramalazo de deseo me recorrió todo el cuerpo—. Necesitaba poner distancia de por medio si no quería volver a besarte sin tu consentimiento.

—Lo habrías tenido, cariño —dijo emocionada—. Lo tendrás siempre.

Busqué sus labios con ferocidad y me apoderé de ellos. Penetré en su boca mientras mis manos luchaban por quitarle el resto de la ropa. Lo primero que hice fue acariciar sus pechos llenos, sentirlos en mis manos. Pasé los pulgares por los pezones erectos y la escuché gemir contra mí.

La separé de mi cuerpo y desplazé mis labios desde sus labios hasta su cuello, bajando por sus pechos. Me metí un pezón en la boca y lo lamí una y otra vez, sin salir del enorme gozo que me provocaba estar tocando a la mujer a la que había amado desde que tenía memoria.

Los gemidos de Abbey se iban quedando grabados en mi cabeza como una dulce melodía. El deseo fluía por mis venas como fuego, y sentía el miembro duro y caliente contra su estómago.

Cuando una de sus manos rodeó mi erección, gruñí contra su pecho.

—Joder, Abbey...

—He deseado tanto tiempo hacer esto... —murmuró mientras me acariciaba.

Su pulgar jugaba con mi glándula. Hacía círculos sobre él y luego bajaba por todo el tronco. Los movimientos de su mano, rápidos y regulares, no tardarían mucho en llevarme hasta el clímax.

Sin embargo, yo deseaba saborearla.

—Te prometo que luego tendremos más tiempo —juré mientras me desplazaba hasta estar de rodillas y a la altura de la cremallera de su pantalón—. Pero voy a explotar si no te como entera, cariño. Deseo que te corras en mi cara una y otra vez.

Abbey gimió y asintió. Sus mejillas estaban sonrojadas, y supe, al ir a quitarle la ropa, que ya estaba más que lista para mí. El olor de su excitación me volvió loco, y solo pude bajarle los pantalones y la ropa interior hasta los tobillos antes de posar mi boca sobre su sexo.

—¡Will! —gimió, enredando los dedos en mi pelo.

Pasé la lengua por toda su entrada y luego me metí el clítoris en la boca. Me guiaba por los sonidos que hacía, y, cuando introduje un dedo en su interior y lo curvé, supe que no tardaría mucho en correrse. Lo metí y lo saqué varias veces, asegurándome de acariciarla en todo el proceso. Mi lengua tampoco paró en lamerla, y ella apenas tardó un par de minutos en alcanzar el clímax.

Abbey recuperó el aliento unos segundos más tarde y se arrodilló para colocarse encima. Supe que quería meterse mi polla en la boca, lamerla y hacer que me corriera, pero yo no tenía el aguante suficiente como para no penetrarla y sentir su sexo alrededor del mío.

Cuando bajaba por mi cuello, coloqué mis manos en su cintura y di la vuelta cogido a ella.

Ella me miró, extrañada.

—Ya tendremos tiempo para esto —susurré contra sus labios—. Solo déjame que te folle, duro y rápido.

Abbey se mordió el labio inferior y gimió.

—Sí, por favor.

Hice el amago de incorporarme para buscar un condón cuando ella me paró en seco.

Confundido, alcé una ceja.

—Traigo un condón en el bolsillo trasero del pantalón —murmuró avergonzada, como si la hubiese pillado haciendo una trastada.

Aquella confesión me arrancó una carcajada.

—Vienes preparada, ¿eh?

—Digamos que tenía esperanza de salir victoriosa —dijo juguetona.

Estiré la mano para terminar de quitarle el pantalón y la ropa interior. Efectivamente, en uno de los bolsillos había un condón. Me dije que luego la picaría sobre sus sucias intenciones conmigo y rasgué el envoltorio.

Me coloqué el condón a duras penas y alcé una de sus piernas para ver su sexo.

Mojado, rosa e inflamado. Maldita fuera, estaba preciosa; no hacía justicia a las fantasías que había tenido cada mañana desde que había cumplido dieciocho años.

Coloqué la roma cabeza de mi glande en su entrada y empujé con lentitud.

Un gruñido escapó de mi garganta cuando me sentí rodeado por sus músculos. Estaba tan mojada que, para desgracia mía, dudaba que fuera a aguantar mucho.

—Joder, estás muy estrecha, Abbey. Me encanta.

Ella se mordió el labio inferior y alzó las caderas.

—Fóllame, Will. Fóllame ya.

Sus palabras terminaron por resquebrajar mi poco control. Le penetré de una sola estocada hasta que mi polla desapareció en su interior.

Abbey me rodeó con los brazos y me clavó las uñas en la espalda.

Joder, qué bien...

Comencé a moverme, salía y entraba de ella, aumentando el ritmo a medida que el placer amenazaba con alcanzarnos. Veía las muecas de disfrute de Abbey, cómo se retorció debajo de mí y me alentaba a ir más rápido.

Llevé una de mis manos hasta su clítoris y lo acaricié; sin embargo, supe que no lo necesitaría: se correría en cuestión de segundos, ya que me envolvía con tal firmeza y fuerza que sudaba por no liberarme justo en ese momento.

—Sigue, cariño. Estoy muy cerca...

Su voz, jadeante, hizo que aumentara las embestidas y diera una última que la condujo al orgasmo. Su sexo me apretó como un guante y me arrastró con ella. El olor de nuestros cuerpos nos envolvía como una

segunda piel y su sabor en mi boca despertaba en mí la necesidad de volver a saborearla.

Joder, estaba hambriento.

Quería más.

Abbey debió de notarlo, ya que se rio.

—¿Ya estás listo otra vez?

Respondí besando el arco de su cuello y subiendo las manos a sus pechos. Mierda, eran perfectos.

—Llevo esperando desde que cumpliste dieciocho años. Creo que justifica el hambre que te tengo.

Ella asintió y dio la vuelta abrazada a mí con asombrosa rapidez. Sus ojos, pardos y brillantes, me volvían loco.

—Quiero estar así toda la vida. Prométemelo, por favor.

La necesidad de su voz tocó algo muy profundo dentro de mí. La amaba con cada poro de mi ser. Abbey era la mujer con la que quería casarme y tener hijos. La conocía a la perfección. No tenía ni una sola duda al respecto.

Me dije que tendría tiempo de sobra para demostrárselo. No pensaba dejarla escapar.

—Siempre fuiste tú, Abbey. Y siempre serás tú.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

DOS AÑOS MÁS TARDE

WILL

Regresábamos a Helena para pasar la navidad con la familia de Abbey. Mentiría si no admitiese que me moría de ganas por ver a Stephen y a Ava, quienes habían formalizado su relación hacía apenas un año. Recordaba con precisión aquellos años en los que Stephen y yo habíamos tenido que dar un rodeo para acompañarlas a casa, ya que Abbey tenía la mala costumbre de desviarse e irse a sitios nuevos para explorar y jugar con sus amigas.

Salíamos del aeropuerto regional de Helena cuando Abbey alzó la mano y llamó a un taxi.

—¡Bien! Ese es nuestro, cariño —dijo con alegría antes de guiñarme un ojo.

Su entusiasmo, igual e intacto al que había tenido de niña, me sacó una sonrisa.

—Todo nuestro —añadí yo antes de saludar al taxista y guardar las maletas.

El trayecto fue cómodo y silencioso, y solo estuvo interrumpido por los comentarios de Abbey, que golpeaba el cristal para señalarme cualquier cosa que llamase su atención. Su melena castaña, recogida en una coleta, estaba más larga de lo usual, y aunque ella decía una y otra vez que pensaba cortársela, yo sabía que no lo haría.

Por mí. Porque me encantaba jugar con los mechones y perderme en su olor.

La amaba con cada poro de mi ser, como si de un fuego imposible de extinguir se tratara. Se propagaba por cada miembro de mi cuerpo y prendía el deseo y el hambre de devorarla.

Como me estaba pasando en ese momento.

Ansiaba colocar mi mano en su muslo y subir hasta su entrepierna. Quería cubrirla, apretar y sentir el calor que desprendía su sexo.

Joder, ¿es que nunca iba a dejar de babear por ella?

Abbey, quien me conocía como la palma de su mano, se mordió el labio inferior.

—¿Tienes hambre? —preguntó con voz aterciopelada, y separó las piernas.

El taxista nos ignoraba, pues para cualquiera aquella no sería más que una simple conversación entre una pareja.

Tragué saliva y me fijé en sus labios rosados.

—Mucho.

—Bien... Porque te tengo algo preparado para más tarde.

Abbey extendió su mano y la colocó en mi rodilla. Me tensé de inmediato y maldije en voz baja.

—Joder.

—Vale, ya paro... —Esbozó una pequeña sonrisa—. Tengo ganas de ver qué han preparado mis padres para comer.

Yo asentí. Sin lugar a dudas, algo lo bastante bueno como para que todos repitiésemos y acabásemos por llevarnos las sobras.

No fue hasta que el taxista nos dejó frente a la puerta de los Winters que sentí un pellizco en el estómago. ¿Estaría allí Garret? ¿Cómo reaccionaría Abbey? La miré de reojo y contuve un suspiro.

No tenía ni la menor de las dudas sobre sus sentimientos hacia mí: se había mudado conmigo desde Helena, alejándose de su familia y de Ava. No tenía ni una sola razón para dudar de ella. Sin embargo, la devoción que había visto en sus ojos desde niña cuando veía a Garret provocaba que una sombra de incertidumbre se cerniera sobre mí.

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza y me tragué el nudo de nervios que me atenazaba la garganta.

—Por supuesto.

—Ya verás que bien lo pasamos —me aseguró.

Pagamos el taxi y, justo cuando sacábamos nuestras maletas, Margaret abrió la puerta.

—¡Aquí estáis! ¡Por fin! ¡Stephen, ayúdalos con las maletas!

Unos quince minutos más tarde, las maletas descansaban en la entrada de la casa. Los padres de Abbey me abrazaron con cariño mientras repetían una y otra vez lo contentos que estaban de vernos.

Stephen me dirigió una mirada cargada de intenciones antes de darme un puñetazo suave en el hombro.

—¿Qué? ¿Te ha hecho mi hermana el viaje muy pesado?

Abbey, que lo escuchó, le sacó la lengua. Luego pasó de él y fue con Ava y su madre a la cocina.

—Tu hermana es fantástica —asegué.

—Ya..., bueno, siempre has estado enamorado de ella. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo lleva vivir en la gran ciudad?

—Bastante bien, la verdad —admití. Escuché a lo lejos las risas de Abbey en la cocina. Debía de estar bebiendo algo—. Ha hecho un grupo de amigas con las que sale los jueves después del trabajo.

—¿Karaoke?

—Sí. Karaoke.

—Joder, aún sigue con esa manía de cantar todo lo que...

—¡Te estoy escuchando! —saltó Abbey, que salió de la cocina con dos cervezas. Me pasó una—. Toma, cariño.

—Gracias.

—Y no canto tan mal.

—Por supuesto que no —la apoyé. Por nada del mundo le diría que sus berridos eran poco diferentes a los maullidos de un gato moribundo.

Abbey fue hasta su hermano y le dio un codazo entre las costillas.

—Y tú, ¿cuándo te vas a casar con Ava?

Pude ver cómo mi amigo se tensaba involuntariamente y sus ojos perdían cierto brillo. Al parecer, pocas cosas habían cambiado. Seguía

esquivando el matrimonio. Stephen huía de la idea de tener su propia familia. Para él, no había nada que disfrutara más que viajar junto a su novia. No es que me lo hubiera dicho cara a cara, pero, por otras veces que habíamos hablado, pude adivinar que la idea de compartir a Ava con un bebé no le hacía la más mínima gracia.

Y aún menos cuando se había comprado una autocaravana tres meses atrás para viajar.

—Eso es algo de lo que me niego a hablar.

—Pues que sepas que a Ava le encantaría —susurró Abbey, que le guiñó un ojo—. Solo para que pienses en ello.

—¿Will? ¿Te ha dado Abbey algo de beber? —preguntó Margaret, que asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

Alcé mi cerveza y asentí.

—Estoy servido. Gracias.

—Pues venid aquí y comed algo —nos ordenó con cariño. No fue hasta ese momento que me di cuenta de que se había teñido el pelo de un tono más rojizo. Le quedaba bastante bien.

Fui a moverme con Abbey para dirigirnos a la cocina cuando Stephen me paró en seco. Extrañado, asentí hacia Abbey para hacerle saber que me quedaría atrás con él.

—¿No vienes?

—Tengo que decirle algo —saltó Stephen—. De hombre a hombre.

Abbey puso los ojos en blanco.

—Quiero que me lo devuelvas en cinco minutos —advirtió con el dedo alzado.

Observé con detenimiento el rostro de Stephen. Inescrutable y grave, supe que se iba a tratar de algo serio. Rara vez actuaba de esa forma, y aún menos cuando estábamos en navidad. Quise recomponerme y acallar las voces que gritaban en mi cabeza que lo que iba a contarme no me iba a gustar en absoluto.

¿Sería de Garret? ¿Se iba a pasar por la casa de los Winters antes de ir a la de sus padres? Miles de preguntas sobrevolaban mi cabeza, y cada una de ellas hacía más grande la angustia que crecía en mi estómago.

Se me habían quitado las ganas de seguir bebiendo.

—¿Qué sucede? —pregunté, ocultando mi desesperación.

—Garret me ha mandado un mensaje hace una media hora. Se pasará por aquí para desearnos feliz navidad.

Apreté los dientes y asentí. Desde que Abbey y yo habíamos oficializado nuestra relación, Garret, en un intento por no perjudicarnos, se había mantenido completamente al margen. Sabía con certeza que nunca había sentido nada por ella. De hecho, si hubiese querido, en esos momentos él estaría ocupando mi sitio. Abbey cogería su mano y lo miraría con la misma adoración con la que me miraba a mí.

—¿Estás bien? —inquirió mi amigo, quien seguramente leía el malestar que reflejaba mi cara.

—Sí. Todo bien.

Sin embargo, los minutos pasaron con rapidez, y, ante la ausencia de Garret, el nudo que se había formado en mi garganta desapareció. Me dije que no tenía motivos para sentirme así. Abbey no se merecía que yo estuviese enfrascado en mis pensamientos y malhumorado mientras pasábamos la navidad con su familia.

En un esfuerzo por mejorar mi estado anímico, esboqué una sonrisa y miré a Margaret.

—Esto está riquísimo —la halagué, señalando la carne.

—Me alegro. He estado todo el día cocinando con la ayuda de Peter. — Señaló a su marido, que le guiñó un ojo—. Hacemos muy buen equipo en la cocina.

—Y en todas partes —añadió Peter.

—Vale, de acuerdo, demasiada información —los interrumpió Abbey—. Por cierto, yo...

El timbre sonó.

Stephen me miró.

Yo apreté las manos hasta convertirlas en puños al mismo tiempo que sentía un repentino sudor frío recorriéndome la espalda.

Abbey frunció el ceño.

—¿Quién será?

—Voy yo. No os preocupéis —dijo Ava, que con una sonrisa se levantó y fue a abrir.

—¿Quién será? Estamos todos... —Abbey me miró y se estiró para besarme en la mejilla. Aquello mejoró mi malestar—. Estás guapísimo, ¿lo sabías?

Fui a responderle cuando Garret hizo acto de presencia. Sus ojos azules pasaron por todos y cada uno de los que estábamos allí, hasta que recayeron en mí. Me sentí como un verdadero desgraciado al comprobar que se alegraba de verme.

Me levanté con cierto esfuerzo y acepté el abrazo que me dio.

—¿Qué tal, Will? Feliz navidad.

—Felices fiestas, Garret. Me alegro de volver a verte.

—¡Garret! Siéntate y tómate algo con nosotros —dijo Margaret, que se incorporó para hacerle un hueco en la mesa.

Garret, levemente incómodo, sacudió la cabeza.

—No quiero causar molestias...

—Vamos, quédate. —La voz de Abbey resonó a mis espaldas. Luego, como si ella supiese que lo necesitaba, colocó una de sus manos sobre mi hombro e hizo círculos con lentitud y cariño, como si quisiera relajar mis nervios—. Will tiene muchas cosas que contarte. Y seguro que tú a él también.

Garret, que llevaba un traje de chaqueta bastante formal, me dirigió una mirada dubitativa. Era su forma de saber si era bienvenido o no, a pesar de que aquella no era mi casa ni tampoco mis normas. Y aunque lo fuesen, yo no habría sido tan capullo como para echarlo de una patada en el culo.

Era mi amigo.

Tarde o temprano tendría que enfrentarme a mis inseguridades, y quizá ese fuera un buen momento.

—Claro, quédate con nosotros un rato.

Durante unos treinta minutos, Garret se tomó un par de cervezas y picó algo. Nos contó que había conseguido un préstamo para abrir un gimnasio en Helena y que seguramente lo haría con un compañero. Parecía tan entusiasmado como un niño en la noche de navidad. Hablaba con todo lujo de detalles mientras sus ojos brillaban como dos faros en la oscuridad.

Durante la conversación, estuve atento de los gestos de Abbey, que sonreía y lo escuchaba, al igual que el resto de la mesa. Pero eso era todo.

No mostraba ni el más mínimo interés amoroso que pudiese haber sentido años atrás.

Poco a poco, mi cuerpo se fue relajando y terminé por disfrutar de la velada. Me despedí de Garret con la promesa de que quedaríamos antes de que volviésemos a Nueva York. Lo acompañé hasta la puerta y esperé hasta que su coche no fue más que un punto blanco en la oscuridad.

Suspiré y vi el vaho que salía de mis labios.

Sí que ha cambiado la vida, pensé mientras contemplaba la decoración navideña de los Winters.

—¿Te encuentras bien?

No me hizo falta girarme para saber de quién se trataba. Reconocería su voz y su olor en cualquier parte del mundo. Para mí, Abbey era única.

Me di la vuelta y la miré.

—Me encuentro genial.

Una enorme sonrisa surcó su rostro antes de venir hacia mí y abrazarme.

—Pues entonces continuemos comiendo y disfrutando.

Y eso hicimos.

OceanofPDF.com



EMILY DELEVIGNE es una escritora española de novela romántica (en todas sus ramas: paranormal, contemporánea, erótica, Time-Travel, histórica, etc.) cuya adicción a la novela romántica adulta se ha visto marcada por autoras como Shannon Mckenna, Gena Showalter, J. R. Ward y otras.

Antes de atreverse a dar el gran paso y escribir para las editoriales, antaño lo hacía en página webs, donde ganó varios concursos y se fue ganando fieles lectoras que la apoyaron en todo momento.

Además, siente una enorme pasión por los animales, por lo que siempre suelen aparecer en sus historias de manera relevante. En su tiempo libre, escribe, toca el piano o simplemente lee.

OceanofPDF.com